Colección Vagabunda
nº | 2

Hazam Harb, *Dystopia is not a noun #1*, 2023

# LA TEMPESTAD

## La imprevista cuestión palestina en la guerra global

Asamblea *Sabotiamo la guerra*

Título original: La Tempesta. L'imprevisto palestinese nella guerra globale (*La Tempestad. La imprevista cuestión palestina en la guerra global.*) Escribe la Asamblea *Sabotiamo la guerra.*
– 10x16,5cm | Colección Vagabunda

Para la traducción de *La Tempestad* se usaron las ediciones disponibles en *ilrovescio.info.* Desde el mismo sitio hemos traducido las introducciones correspondientes a sus ediciones inglesa y francesa. Las imágenes pertenecen a la publicación original.

**La Tempestad, n° único**

marzo 2024, edición italiana.
marzo 2024, edición traducida al frances.
septiembre 2024, edición traducida al ingles.
septiembre 2024, edición traducida al aleman.
agosto 2025, edición traducida al español a cargo de A.E.

Anárquica Editora, invierno 2025.
Correo: anarquicaeditora@riseup.net
Blog: anarquicaeditora.noblogs.org
Instagram: anarquica_editora
Archive.org: @an_rquica_editora
Colección: Vagabunda n°2
Impreso en el Taller Desquiebre

# LA TEMPESTAD

## La imprevista cuestión palestina en la guerra global

Asamblea *Sabotiamo la guerra*

Anárquica Editora

Hazam Harb, *Dystopia is not a noun #2*, 2023

# Materiales


Nota de presentación; Diciembre, 2025 IX

Introducción a la edición italiana 21

Al lado de los palestinos oprimidos 29

Notas sobre el frente ucraniano de la guerra mundial: *Guerra de desgaste, guerra civil y perspectiva derrotista* 43

¡Subhumanos de todo el mundo, unámonos! 63

Destellos internacionalistas en solidaridad con Gaza 71

La guerra civil global y el frente interno: *consideraciones y preocupaciones* 81

La megamáquina empapada en sangre 95

Estrategias mediáticas de dominación y Palestina 111

Carnicería en Palestina: *La razón de los Estados contra la humanidad* 131

SUPLEMENTOS

La Tempestad: Introducción a la edición francesa 167

La Tempestad: Introducción a la edición inglesa y alemana 179

Mientras exista un Estado, jamás habrá paz. *Sobre la guerra entre Israel e Irán* 191

Bruno Fert, *Hawsha*,
N 32°47’33.25” E 35°08’36.50”, 04.1948

# Nota *de presentación* a la edición en español

[Diciembre, 2025]

*"Ha caído el árbol. El poderoso tronco está aplastado. Ya, ni un asomo de vida para el árbol dejó la tempestad".*

Estas palabras nos resuenan cual eco lúgubre que pronuncia el nombre de Gaza a orillas del abismo, en una desgarradora metáfora que desborda cualquier forma discursiva sobre Palestina y su gente que resiste –resistencia que simbolizamos en lxs explotadxs que hoy sobreviven la incertidumbre de la irracionalidad israelita[1]–,

1 Una resistencia que alberga múltiples lecturas en su compleja composición frente al asedio y el despojo, que ha hecho que el sionismo en su incremental conquista (donde radica el origen del mito y de su mal) y ampliación del tecnomundo se mantenga como un proyecto colonial aún inacabado, pero con consolidación irrevocable. La resistencia ya no se inscribe como resultado de un devenir socio-histórico, es decir, por sus propios y contradictorios procesos de revolución social, sino que como un orden natural y cruel donde se impone la asfixiante necesidad de sobrevivir a un tiempo estancado de sufrimiento. La resistencia histórica es del pueblo palestino, escrita por lxs desplazadxs y explotadxs, entre ruinas y el apartheid, más allá de cualquier contundencia que pueda

convertidxs en extrañxs de su propia tierra, condenadxs a ser extinguidxs en el más profundo de sus significados ¿Cómo podemos entender entonces aquello que los compañerxs italianxs llaman la "imprevista cuestión Palestina" sino es en el desmantelamiento del orden colonial sostenido por el poder Estatal? ¿Qué otra cosa es la "cuestión"[2] sino la imposibilidad de seguir sosteniendo los eufemismos de la geopolítica de Occidente (como "guerra" y "conflicto"), cuando las imágenes de cuerpos

ofrecer el brazo armado más o menos aliado (las contradicciones entre la lucha armada y la lucha popular son un tema constante de debate entre los palestinos). En este sentido, Gaza constituye hoy el último bastión de una resistencia territorial que el sionismo no ha logrado borrar. Y precisamente por ello, se la castiga como a ningún otro lugar del planeta. [N.E.]

2 La "cuestión" no es un tema aparte en el estudio de las relaciones de poder. Ver la causa Palestina como nuestra causa es otorgar una dimensión mucho más cercana a la articulación de lo palestino con el desarrollo de nuevas técnicas de control. La política militar ha evolucionado aceleradamente hacia un ensamblaje entre el Estado y la industria tecnológica (respondiendo a las lógicas de la economía de guerra). Entender así la "cuestión" palestina es comprender la producción de nuevos modelos de muerte, vigilancia y represión que se exportan a las democracias del mundo con el fin de configurar un orden mundial donde la vida en general se defina cada vez más por la materia prima (seres humanos) disponible para la ingeniería del poder. [N.E.]

destrozados circulan sin mediación por millones de pantallas, por donde además la indignación se disipa a la misma velocidad con que se consumen estos horrores?

La ley del más fuerte exhibe la agresión como certeza sociológica en la letalidad del arbitrio, donde la fuerza deja de ser retórica y se convierte en un espectáculo inaudible e insoportable de ver. La caída del árbol –que ya no se pregunta si es bosque en el silencio– deja de ser una alusión metafórica y vuelve alteridad la singularidad palestina. Vivimos los tiempos de la indignación desbordante, donde el testigo de ayer hoy se pregunta: ¿en qué momento nos volvió a importar Palestina y Gaza? ¿Cuánto se debe permitir para que nos interpelen los genocidios?[3]

3 Este "fenómeno" plantea un problema moral y filosófico profundo en un mundo saturado de estímulos y dificultades cognitivas para la comprensión de la realidad, donde las capacidades para discernir entre la violencia legítima e ilegítima, entre resistencia y aniquilación, entre derecho y crimen, se disuelve en el espectáculo filtrado por lo visible y lo invisible. Sabemos que la catástrofe sobre Palestina no se limita a la destrucción de vidas; sino que implica también la destrucción de la capacidad colectiva (más allá del Mediterráneo) de comprender y actuar claramente. Esta erosión del juicio no es un defecto accidental del sistema; es uno de sus efectos funcionales. Cuanto más difusos sean los límites morales, más fácil es

Hoy, el orden democrático ha demostrado –una vez más– tener compatibilidad con el exterminio colonial, configurando e instrumentalizando el resultado de una –inconclusa– política de guerra que no ha cesado en su gestión de la invasión. La irrefrenable voluntad de la conquista se ha administrado por los intereses que divide lo capitalizable de lo desechable, apoyados en la ficción, el principio, de la civilización y los valores del mundo occidental. La Declaración Balfour, puesta en marcha con la Nakba en 1948, demostro no ser solo un proyecto de expulsión masiva, sino un acto de creación de lo inhabitable: borrar aldeas, alterar topografías, repoblar espacios, renombrar geografías, en un despotismo revisionista y negacionista.[4] En el diseño de una ontología israelita del territorio la

para los Estados sostener políticas de exterminio detrás del velo de la complejidad técnica. Recordemos: el genocidio tiene muchas batallas, y una de ellas es la conciencia, el razonamiento del mal. [N.E.]

4 Ese complejo entramado "religioso" que la ley Divina ha instaurado con la idea prometida ha presentado la colonización como un "conflicto entre dos etnias", sembrando la perversa idea de una Palestina deshabitada y provista de todo lo necesario para la constitución del Estado de Israel y el desarrollo del proyecto sionista. [N.E.]

estrategia militar es la punta de lanza. La presencia palestina, reconocida como una anomalía para la ideología sionista, ha sido el motivo de un acelerado desarrollo tecnológico destinado a perfeccionar el control, clasificación, segmentación, optimización y gestión de la población, traduciendo el comportamiento humano en un conjunto de datos algorítmicos, donde el territorio, la nueva plataforma experimental de la informática de guerra, se vuelve un laboratorio de permanente investigación y aplicación de modelos de violencia[5] hacia la eficiencia. La técnica no reemplaza a la política, por el contrario, la realiza.

5 La arquitectura militar que se despliega en Palestina es el resultado de un ensamblaje entre Estado, la industria científico-militar y las lógicas de mercado. La muerte se privatiza, la vigilancia se externaliza, la represión se automatiza. Para el Estado de Israel los cuerpos palestinos se vuelven así las superficies sobre las que se prueban los límites operativos del poder contemporáneo en el presente siglo. Gaza, en este sentido, encarna el punto más extremo de esta simbiosis. El colonialismo ya no necesita justificar doctrinas civilizatorias, porque su legitimidad proviene de una racionalidad tecnocientífica: la necesidad de una "seguridad de Estado", los cálculos algorítmicos de riesgo, las estadísticas de daño colateral, la gestión de flujos humanos. La violencia se vuelve administrable, cuantificable y legalizable (es más condenable en Israel denunciar la tortura en las prisiones que cometerlas civiles) [N.E.]

Es por esto que el paradigma del eterno campo de batalla –que hoy se representa con Gaza, el escaparate tecnológico y logístico del biopoder ejercido en y desde Tel Aviv–, y que algunos han definido como el "universo carcelario jamás concebido al aire libre", no puede mantenernos indiferentes, y eso significa hacer eco de la desgracia de sus oprimidxs con nuestros propios análisis sin perder la sensibilidad en nuestra critica, que además nos permita ver más allá de la dualidad que la disputa por el poder intentan presentar. Pensar Gaza implica pensar la condición humana bajo el dominio del Estado, del desarrollo de la técnica y de la economía global. Implica reconocer que no estamos frente a un caso excepcional, sino frente a una maquinaria que se exporta en sus políticas y modelos de control Israelí a las Democracias de Occidente[6]. Implica, finalmente,

6 Chile, aunque geográficamente distante, tiene una estrecha complicidad con la economía armamentista israelita desde la década de los 70. La dictadura abrió las puertas a las nuevas tecnologías del belicismo, adquiridas por las fuerzas policiales, trazando una relación de colaboración en materia y formación internacional de unidades combate, despliegue de vigilancia digital hacia la secularización y uso de armamento diseñado para la represión urbana, reproduciendo la misma gramática de poder que opera en

asumir que la solidaridad no es tan solo un acto sentimental, sino una responsabilidad con la política de liberación total.

Por todo esto –y más– hemos traducido *La Tempesta. L'imprevisto palestinese nella guerra globale* (La Tempestad. La imprevista cuestión palestina en la guerra global), un gesto del pensamiento para desglosar lo aparentemente imposible en un esfuerzo internacionalista por fomentar y difundir el análisis anarquista[7], contribuir al debate que sobre nuestras posibilidades más allá de la palabra escrita y, por sobre todo, des-

Palestina. Wallmapu es la guerra invasora que se desarrolla en este País, territorio fragmentado y militarizado desde hace dos gobiernos evidenciando la continuidad de una lógica colonial que se ejecuta hace más de 200 años. [N.E.]

7 El análisis y la crítica revolucionaria debe generarse con la suficiente claridad respecto a nuestras posiciones antiautoritarias, desconfiar de la superficialidad y la simplicidad cuando abordamos un genocidio es fundamental. La ficción de la unidad no debe contaminar nuestra conciencia con una ciega y desesperada inclinación por el mal menor (como ha sido el caso con Hamás y la acción del 7 de octubre). Es indispensable realizar los debates que creamos abran con rigurosidad los caminos hacia la liberación total, no dejándonos intimidar –en la elaboración de nuestras propuestas– por el peso de una solidaridad centralizada y ambigua, mucho menos por las acusaciones que solo merman el potencial de un pensamiento y horizonte autónomo. [N.E]

mantelar la desrealización que nos impide formar una percepción y perspectiva autónoma sobre la realidad en sus urgencias más inmediatas y menos superficiales.

La *Asamblea Sabotiamo la Guerra* (Italia) es una iniciativa anarquista y antiestatal que se ha autoconvocado con diversas reuniones abiertas y de carácter público en los últimos dos años (aunque la lucha antimilitarista que han recorrido data de 2016) en ciudades como Génova, Turín, Rovereto, Lecce, Carrara, Mestre y Milán, con la intención de discutir públicamente los acontecimientos de la guerra en curso, abordando la geopolítica del belicismo estatal (como la guerra Ucrania-Rusia y el genocidio israelita sobre el pueblo de Palestina) junto con el papel del movimiento internacionalista antiautoritario –y anarquista italiano– con lxs palestinxs de Gaza.

La crítica a la globalización de la guerra la han hecho presente en periódicos como Bezmotivny o en panfletos repartidos en mítines y sitios web como «il Rovescio», donde el llamamiento ha sido frenar este exterminio sionista y sus tecnologías de

control y dominación en la era del poscapitalismo. A raíz de esto surge «La Tempestad», con la voluntad de cuestionar el orden y la dominación, de identificar al enemigo y atacar las estructuras que sostienen el horror física y moralmente desde una solidaridad sin banderas, reivindicando la dignidad por sobre el discurso armamentista. ¿Cómo revitalizar los conceptos y las practicas revolucionarias en la proyección antimilitarista, de hablar de violencia, aunque no veamos las bombas, de comprender la masacre como una expresión propia de nuestra realidad, del aquí y ahora?

A casi dos años de su publicación en Italia de la «La Tempestad», sus textos nos han reafirmado, con enormes preocupaciones, la voracidad de Israel en el curso de los acontecimientos que aquí se describen y profundizan, y es que nada ha cambiado, por el contrario, pareciera que lo inevitable se fortalece en el retorcido panorama de una "Paz"[8] –orquestada a través de las

8 ¿De qué Paz se está hablando si quienes la profesan son lxs mismxs que han cometido las atrocidades de la limpieza étnica sin precedentes en la historia actual? ¿Qué Paz es posible cuando la memoria se desangra con el solo

declaraciones de Netanyahu y Trump– diseñada para conseguir la estabilidad necesaria para los intereses del Capitalismo global, mientras tanto la ilusión de un "alto al fuego" no ha sido más que una extensión de la táctica de shock que el sionismo ha levantado como fronteras provisionales entre un tormento presente y otro futuro.

A medida que se avecina la tormenta, esta publicación de numero único quiere soplar en la dirección revolucionaria contra la dominación y el autoconvencimiento ciego de una solidaridad sin ideas propias.

Discutamos «La Tempestad», solidaricemos con lxs palestinxs!

---

recuerdo del flagelo sufrido por más de 70 años de colonización? Creemos que no habrá Paz posible en Gaza, indistintamente de como esta se ofrezca y prometa, de que Estado o brazo armado este detrás de su gestión. Palestina está rota, sus corazones humillados. La política del dolor desestima cualquier resolución a la invasión que no contemple la persecución y segregación racial. La Paz de la hoy los mismos verdugos sugieren es la reacomodación triunfante de la masacre. No olvidemos que la naturaleza de la guerra siempre ha sostenido un discurso de paz compatible con el deseo de exterminio. [N.E.]

Abed Abdi, *Refugees*, 1967

# Introducción a la edición italiana

*¿No te das cuenta de que cada generación espera un cataclismo terrible, que siente cómo se avecina la tormenta y que cada burgués se apresura a protegerse contra la muerte inminente, aunque eso signifique la muerte de todos sus seres queridos? ¿De qué sirve hablar como un maestro de escuela a personas que están a punto de ahogarse?* Ernest Cœurderoy, *Jours d'exil*.

Si hoy en día hay «personas que se están ahogando», sin duda alguna se trata de la población de Gaza. Encerrada entre dos fronteras, bombardeada sistemáticamente durante más de cuatro meses, huyendo de las ruinas, alojada por miles en tiendas de campaña de emergencia, expuesta al hambre, la sed y las enfermedades. La destrucción de hospitales y plantas desalinizadoras, el cementado de pozos, el incendio de ambulancias, los ataques a los suministros de alimentos, un infanticidio masivo, el borrado de toda la memoria histórica y cultural: este horror sin fin tiene los rasgos inconfundibles del genocidio.

Es más: dado el uso estructural de la inteligencia artificial (*Gospel* es el nombre elegido para la planificación algorítmica de los bombardeos sobre Gaza), estamos asistiendo al primer genocidio automatizado de la historia. Contemporáneos de una nueva Nakba –con representantes del gobierno israelí proponiendo abiertamente la deportación de los Gazawi al desierto del Sinaí, al Congo o a una isla artificial–, solo una acción decidida puede salvarnos de la inercia, la inhumanidad o las lágrimas. ¿Qué pueden hacer las palabras al borde de tal abismo? En un texto de 1937 *(El poder de las palabras / Power of Words)*, Simone Weil escribió: «Pongamos en mayúscula palabras que no tienen significado, y a la primera oportunidad los hombres derramarán ríos de sangre; al repetirlas una y otra vez, acumularán ruina sobre ruina [...]; nada real puede corresponder verdaderamente a tales palabras, porque no significan nada». «Democracia», «valores occidentales», «derecho internacional» no son solo palabras vacías enterradas bajo las ruinas de Gaza; son las «salvaguardias» de esas bombas, de esa sangre, de esos muer-

tos. A otras palabras –a bocas y corazones capaces de sentir todo su peso– la joven Simone confió una tarea opuesta, necesaria e imposible: «Aclarar conceptos, desacreditar palabras que son intrínsecamente vacías, definir el uso de otras mediante un análisis preciso, he aquí una labor que, por extraño que parezca, podría preservar vidas humanas». Debemos pensar, hablar y *escribir como si así fuera* [as if it were so].

Dentro de sus peculiaridades indelebles –que pertenecen a la naturaleza dual del Estado israelí: un puesto avanzado del imperialismo occidental y, al mismo tiempo, el único colonialismo de asentamiento aún no concluido–, la guerra contra los palestinos forma parte de un conflicto mundial entre diferentes bloques capitalistas estatales. Por ello, la cuestión palestina es tanto un reflejo de un sistema mundial como, al mismo tiempo, su resultado imprevisto. No solo porque la acción del 7 de octubre –sea cual sea la interpretación que se le dé– significó la represalia de la variante humana y oprimida contra la omnipotencia tecno-militar, desde sus muros electrónicos, sus drones, su vigilancia ma-

siva; sino también porque la solución de la cuestión palestina no puede tener lugar sin el desmantelamiento de todo un sistema colonial y del imperialismo occidental que lo sustenta. Sea lo que sea lo que piensen los resistentes palestinos, la liberación del sionismo solo puede lograrse mediante un enfrentamiento revolucionario contra nuestros propios opresores. Aquí radica tanto la relación entre la lucha de clases en nuestra latitud y la descolonización de esa tierra, como la necesidad de dar un significado preciso a la expresión «Palestina libre». «Dos pueblos, dos Estados» es ahora una broma manchada de sangre. Los «territorios palestinos ocupados» representan el 22 % de la Palestina histórica; hay un colono israelí por cada tres palestinos instalados en Cisjordania; la Autoridad Nacional Palestina es, de facto, un policía y un guardia de prisión al servicio del ocupante. Pero, sobre todo: nunca en la historia ha existido un Estado de pueblo colonizado junto a un Estado de colonizadores. La perspectiva de un único Estado no confesional erigido sobre las ruinas del sistema colonial sionista es sin duda más lógica y

consecuente (de hecho, esta ha sido siempre la reivindicación de los palestinos desde finales de la década de 1960 hasta la «traición» de Al Fatah con los acuerdos de Oslo, y hoy vuelve con fuerza al debate). Pero tal perspectiva -que, repetimos, presupone un verdadero proceso revolucionario tanto en la región como en las relaciones internacionales- conduciría al desarrollo de esa clase burguesa palestina que, dentro del sistema colonial, solo puede seguir siendo poco más que una clase privilegiada y colaboracionista. En resumen: como siempre ha ocurrido en la historia, también en Palestina el Estado, cualquier Estado, bloquearía el camino hacia una auténtica *revolución social*, que siempre es posible hasta que se acaba el tiempo. Si, como escribió el anarquista judío alemán Gustav Landauer en 1907, «el Estado es el resultado histórico de la sustitución del Estado israelí por una federación libre de comunidades libres puede poner fin a décadas de violencia y deshumanización que impiden la coexistencia» futura con la creación de una nueva dominación de clase. Esto es lo que significa para nosotros «Palestina libre», un

entrelazamiento de la descolonización y la transformación radical de las relaciones sociales poscoloniales. En este sentido, es demasiado tarde para charlas de maestro de escuela. En primer lugar, porque cuando lo que está en juego no son las condiciones de vida, como en el caso del proletariado occidental, sino la propia supervivencia en un sistema que hace de la eliminación un principio organizativo, el recurso a la violencia es una necesidad absoluta; en segundo lugar, porque solo quienes luchan en esas tierras pueden decidir concretamente su futuro[1]. Nos corresponde a nosotros

1 Podemos entender la necesidad de recurrir a la violencia, al tiempo que criticamos o incluso condenamos ciertos métodos, ciertas formas de violencia. Para quienes creen que la coherencia entre los medios y los fines es necesariamente primordial, que es precisamente de ahí de donde se nutre el ideal anarquista, la crítica, por dura que sea, no tiene nada que ver con el discurso de un maestro de escuela, sino que tiene todo que ver con la expresión viva y concreta de los principios anarquistas. Emitir juicios autónomos, expresar las propias ideas y ofrecer críticas sinceras no equivale en modo alguno a decidir el futuro de otras personas. Por el contrario, consideramos que estas prácticas son esenciales para el desarrollo y el crecimiento de un «movimiento de lucha», a través del debate, la aclaración y las divisiones necesarias que esto permite, así como para el surgimiento de una vida libre. ¿Qué hay de la obstinación, el rechazo de la crítica y la repetición de mantras políticos? [Nota edición francesa]

atacar a los amos en casa, romper las colaboraciones entre «nuestro» Estado y los asesinos del pueblo palestino (colaboraciones que la operación militar contra Yemen convierte en apoyo directo al genocidio en curso)[2]. Solo un movimiento internacional capaz de llevar al sistema israelí a la crisis tendrá voz en el futuro común de la tierra y de la Tierra.

En medio de la tormenta de una tendencia estructural hacia la guerra, mientras todos los glorificadores de la dominación quieren que nos quedemos boquiabiertos ante la imperiosa necesidad de la fuerza, las fuerzas en juego demuestran cada día más su carácter contingente. La OTAN está perdiendo en Ucrania, África está en ebullición, el comercio mundial se ve socavado por uno de los países más pobres del planeta, las bases militares estadounidenses están siendo atacadas por formaciones no estatales. Así avanza la represión contra los

2 El colectivo *Stop Arming Israel* publicó en marzo de 2024 una *Guía de empresas francesas de armamento cómplices de Israel* particularmente interesante desde el punto de vista de la contrainformación. Se puede consultar, entre otros sitios, en la página web *infokiosques.net.* [Nota edición francesa]

inmigrantes (y los compañeros). Así avanzan los planes de rearme, los anuncios de reclutamiento masivo, la censura que se quita todas las máscaras. «Revolución o guerra»: he aquí un concepto que ya está implícito en la sustancia del mundo; un concepto que, «por extraño que parezca, podría preservar vidas humanas». A medida que se avecina la tormenta, *esta única publicación* quiere soplar en esa dirección.

# Al lado de los palestinos oprimidos

Dado que la guerra actual en Palestina debe interpretarse ante todo como una rebelión de los habitantes de Gaza *contra* unas condiciones de vida cada vez más inhumanas e insoportables, es igualmente evidente que toda iniciativa política y militar se inscribe en un contexto y que toda resistencia organizada sopesa cuándo actuar y qué espera conseguir (al menos en términos de objetivos inmediatos). Nos parece bastante plausible que, con la acción del 7 de octubre, el *objetivo político* de al menos algunas organizaciones de resistencia palestinas fuera insertarse como una cuña en el proceso de normalización del llamado Medio Oriente (y de mayor aislamiento de Irán) iniciado por los Pactos de Abraham, que eclipsaría definitivamente la cuestión palestina del horizonte de los Estados árabe-islámicos; mientras que la elección del periodo en el que se llevó a cabo la acción, coincidiendo

con el momento de máxima fatiga de las tropas de Kiev en Ucrania (y, por tanto, del imperialismo occidental que las controla)[3], no nos parece casual: Dicho esto, las diferencias entre el conflicto armado en Ucrania y la masacre en curso en Gaza nos parecen absolutamente relevantes. Mientras que en Ucrania las facciones reales y sus armamentos hacen que la lucha sea simétrica tanto política como militarmente, en el conflicto de Palestina existe una asimetría simplemente feroz.

Por un lado, un pueblo sin Estado (hasta el punto de no tener siquiera pasaportes),

3 La idea de que «la guerra actual en Palestina debe interpretarse ante todo como una rebelión de los habitantes de Gaza contra unas condiciones de vida cada vez más inhumanas e insoportables» nos parece errónea. Por un lado, implica que los «habitantes de Gaza» fueron los responsables de la masacre del 7 de octubre, cuando en realidad fue el brazo armado de Hamás quien la planeó, organizó y llevó a cabo. Por otro lado, nos lleva a considerar «la voluntad de los habitantes de Gaza de rebelarse contra unas condiciones de vida cada vez más inhumanas e insoportables» solo de forma unilateral (los habitantes de Gaza contra Israel), ignorando por completo el hecho de que esta voluntad también se expresa contra el propio Hamás, como demuestran inequívocamente las manifestaciones en la Franja de Gaza en 2019 o en agosto pasado, reprimidas con sangre y tortura por la policía de Gaza. [Nota edición francesa]

que no tiene nada que perder salvo su propia vida encarcelada; por otro, el estado avanzado del imperialismo occidental en Oriente Medio. Por un lado, una resistencia que, en el mejor de los casos, puede armarse con cohetes caseros; por otro, uno de los ejércitos más tecnificados del mundo, así como un centro mundial de experimentos bélicos (y sociales) de todo tipo, que exporta a todas partes sistemas y tecnologías armamentísticas que han sido probados sobre el *corpore vili* de los palestinos. Por un lado, quienes masacran a miles de hombres, mujeres, ancianos y niños; por otro, quienes no pueden dar mucho más que su propia sangre para mantener la atención internacional sobre su causa.[4]

S pasamos del campo de batalla al nivel geopolítico, la asimetría es igualmente evi-

4 Si bien el conflicto en Palestina parece realmente ferozmente asimétrico, la dualidad que se presenta aquí es preocupante: porque la «atención internacional» sobre la causa palestina parece haber estado escandalosamente ausente durante varios años, independientemente de la sangre «derramada» por los palestinos; y porque lo que atrajo la «atención internacional» el 7 de octubre y durante las primeras semanas siguientes no fue la sangre de los habitantes de Gaza, *sino la sangre que algunos de ellos derramaron al otro lado del muro.* [Nota edición francesa]

dente. La idea de una posible «dirección internacional» (dentro de ese tipo de alianza informal conocida como el Eje de la Resistencia, que reúne a Irán, Hezbolá, los llamados hutíes de Yemen, las milicias chiitas tragis y los Estados semifracasados del Líbano y Siria, así como al propio Hamás) solo se ha negado en los últimos meses.

En primer lugar, el pasado 3 de noviembre, se produjo el discurso del líder de Hezbolá, Hassan Nasrallah, quien aseguró en su apología del heroísmo de Gaza que la acción del 7 de octubre «fue concebida y ejecutada al 100 % por los palestinos» (quienes conocen la situación en Asia Occidental saben que tanto palestinos como israelíes confían en las declaraciones de Nasrallah, conocido históricamente por no hablar en vano); y luego, sobre todo, llegó la cumbre de Riad del 11 de noviembre, a la que asistieron todos los países de la Liga Árabe y la Organización de Cooperación Islámica. Desde los «moderados» saudíes hasta los «extremistas» iraníes, desde Bin Salman hasta Raisi, todos expresaron palabras de condena hacia Israel, al tiempo que aseguraban que nadie movería un dedo. Ni

interviniendo directamente, ni aplicando sanciones económicas, ni cerrando su espacio aéreo a los cazas y drones de Israel y sus cómplices internacionales. La razón se explica rápidamente. Con su canal de Suez, sus estrechos (como Báb el-Mandeb y Ormuz) y los gasoductos y oleoductos que lo atraviesan, la Asia occidental contemporánea es una verdadera encrucijada de intereses políticos y económicos que terminan vinculando a países como Rusia o Turquía, China o las monarquías petroleras del Golfo tanto a uno como a otro bando (a Israel y sus padrinos occidentales como a Irán).

Si bien históricamente los palestinos siempre han sido traicionados por los Estados árabes e islámicos (una y otra vez, hacer negocios con Occidente es más conveniente que luchar contra él), hoy en día incluso aquellos que desearían borrar el Estado sionista de la faz de la tierra sufren enormemente por la labor de desestabilización llevada a cabo por Estados Unidos (y el propio Israel) durante los últimos veinte años. En medio de Estados fallidos (Líbano, Irak), parcialmente ocupados por tropas extranjeras (Siria), estrangulados

por la deuda (Egipto) o insuficientemente equipados para un conflicto con Occidente (Irán), todos temen que una guerra suponga su fin. Incluso una organización como Hezbolá se ve obligada a actuar con cautela, limitándose a mantener ocupada a una parte de las Fuerzas de Defensa de Israel con lanzamientos en la frontera libanesa. En caso de una nueva guerra en el Líbano, de hecho, Hezbolá correría el riesgo de pagar un precio político muy alto, tal vez incluso el fin de la propia organización. La resistencia palestina, en resumen, parece no tener santos en el paraíso de los Estados. Son más bien los pueblos de los países árabe-islámicos, indignados por la inercia de sus propios líderes, los que intentan empujarlos hacia la intervención; no es casualidad que el único gobierno que ha mostrado una solidaridad concreta con los palestinos sea el de Yemen, que surgió de una insurrección contra el anterior régimen prooccidental y la guerra por poder que siguió (primero con el ISIS, luego con la monarquía saudí y sus aliados como representantes de Estados Unidos).

Por el contrario, quienes parecen buscar

la ampliación del conflicto -empezando por los ataques y las «ejecuciones extrajudiciales» en Irán, Siria y Líbano- son Israel y las potencias occidentales (encabezadas por Estados Unidos y Gran Bretaña, con Francia, Alemania e Italia a la zaga). Los primeros, con el fin de salir del atolladero de Gaza y tomar el control de la Franja, algo imposible sin acabar con la resistencia palestina y, por tanto, con todos sus apoyos internacionales (en primer lugar, China). Los segundos, para reafirmar su supremacía sobre la región, aprovechando la oportunidad para impedir que sea penetrada por el Estado chino (que mantiene relaciones muy estrechas con Tran en el marco de las «Rutas de la Seda» y al que el Gobierno iraní exporta alrededor del 90 % de su petróleo nacional). No sabemos adónde puede conducir esta situación, pero la posibilidad de una guerra a escala mundial nos parece cada vez más cercana. Si el ataque a Yemen lleva a Irán al escenario, esto podría dar lugar a la intervención de China y Rusia, con el efecto dominó típico de los conflictos planetarios del pasado. Al fin y al cabo, «una guerra mundial no surge de repente. Se convierte en una». Si bien los

escenarios que podrían desarrollarse simplemente dan escalofríos, una posición «desarmista» a favor de la deserción y el «alto el fuego» por ambas partes nos parece, en este caso, completamente insostenible.

No solo porque no existe simetría entre el Estado de Israel -uno de los Estados más opresivos, equipados y feroces del mundo- y los palestinos -uno de los pueblos más pobres y oprimidos del planeta-; no solo porque Israel siempre ha sido el bastión del imperialismo occidental en el llamado Medio Oriente, mientras que no existe un bloque capitalista definido alrededor de los palestinos (que podría formarse en el transcurso de la guerra); y no solo porque sería éticamente inaceptable pedir a una población que ha sido colonizada, perseguida y asesinada durante más de un siglo que no se rebele (mientras se pide a los habitantes de Gaza que «deserten»... de su prisión al aire libre, lo cual sería simplemente absurdo). Hay más. Suponer y no admitir que el Estado de Israel (actualmente dirigido por una auténtica banda del Ku Klux Klan) está dispuesto a detenerse y renunciar a la solu-

ción final al problema de Gaza[5], un «alto el fuego» en los términos de Israel —es decir, sin la liberación de los prisioneros palestinos en las cárceles israelíes— solo sería una rendición. Mientras que, al hacerlo, los palestinos perderían una oportunidad histórica, el sistema israelí simplemente esperaría un nuevo pretexto para completar la tarea que siempre ha realizado a lo largo de su historia.

¿Recordamos, sin remontarnos demasiado en el tiempo, Jenin, las operaciones «Plomo Fundido» y «Borde Protector»? ¿Y qué hay de la «Marcha del Retorno» de 2018-2019, cuando 234 palestinos fueron asesinados (y casi 33 000 resultaron gravemente heridos) mientras desfilaban casi desarmados cerca del muro electrónico? Si el colonialismo de los colonos «no es un

5 En nuestra opinión, esta analogía dista mucho de ser coherente con la intención de Simone Weil, tal y como se cita en la introducción. Si es necesario «aclarar conceptos, desacreditar palabras que son intrínsecamente vacías, definir el uso de otras mediante un análisis preciso», el uso aquí de la analogía con la Solución Final, lejos de ser un análisis preciso, confunde los conceptos más que otra cosa. Al menos si por «Solución Final» entendemos el proyecto nazi de exterminar a todos los judíos europeos. [Nota edición francesa].

acontecimiento», sino una «estructura» que funciona hasta llegar a su fin, la cuestión palestina solo puede tener dos soluciones: o bien la eliminación de los nativos o bien el fin de la «estructura» en sí, es decir, el Estado colonialista israelí y toda la arquitectura del sistema colonial. Aunque sería indecoroso abandonar a los palestinos a su suerte en nombre de la «paz» (¿cuál? ¿de quién?), dudamos mucho que se den las condiciones para ello. En un contexto como este, apoyar a uno de los bandos beligerantes (los palestinos oprimidos) atacando al otro (el Estado de Israel y sus padrinos, que también son nuestros opresores directos) no nos parece una contribución, sino un antídoto contra la ampliación del conflicto (deseada y buscada por todos los medios, hay que reiterarlo, por «los nuestros»). Si no hacemos nuestra parte, con una acción internacionalista desde abajo, la iniciativa solo puede pasar a los Estados. Estamos convencidos de que la movilización internacionalista podría marcar la diferencia.

La cuestión es preguntarse cómo. Aunque la economía israelí está recibiendo duros golpes desde muchos frentes (des-

de dentro: los empleados de las empresas emergentes llevan meses movilizados en el ejército, mientras que los trabajadores palestinos ya no pueden desplazarse a Israel para trabajar; desde fuera: el bloqueo del Mar Rojo, que además se ve agravado en estos momentos por la intervención occidental; la campaña internacional de boicot y sabotaje de las actividades relacionadas con Israel, notable por su intensidad y los resultados ya obtenidos), es posible que las armas económicas no sean suficientes. Envuelto en una confrontación que ahora es existencial y, además, actualmente en manos de una camarilla gubernamental impregnada de militarismo teocrático, el Estado sionista no tendrá más remedio que llegar hasta el final. Aunque atacar a las empresas de diversas formas merece la pena en cualquier caso (y, en el caso del sector tecnológico, también es una oportunidad ineludible para crear confusión en torno al vínculo entre la investigación, la guerra y el encarcelamiento tecnológico de la sociedad), tampoco debe sobrevalorarse. Probablemente, la cuestión central sea otra. Como avanzada del imperialismo

occidental desde siempre, Israel está siendo saqueado por este (tanto en términos militares como económicos) precisamente por esta razón y con este propósito; y sin el saqueo colectivo de Occidente, Israel no duraría mucho tiempo. Si esto es tan cierto como parece, entonces solo una profunda crisis social -es decir, una revuelta generalizada- en los distintos países occidentales podría llevar a Israel a retirarse. Es en esta dirección en la que debemos empujar; una dirección, fíjense, que la clase dominante de «nuestros» países ha temido desde las secuelas del 7 de octubre. ¿Por qué los Estados alemán y francés reprimieron con la mayor dureza todas las manifestaciones en solidaridad con Palestina desde el principio? Y por qué, por el contrario (y a pesar de las amenazas iniciales en este sentido), se han permitido las manifestaciones en Italia? El temor ha sido, desde el principio, un levantamiento de las masas árabes e islámicas dentro de los países occidentales y su posible unión con el descontento «blanco». Allí donde las plazas han mostrado cierta actividad en varias ocasiones en los últimos años (con momentos de semiinsu-

rrección en el caso francés), la autoridad ha procedido con mano de hierro; en Italia, en cambio, tras un momento inicial, se consideró que era mejor dejarlo estar. Después de todo, mientras estos italianos se limiten a manifestarse... *mejor tomárselo con calma.* De lo contrario -por usar una broma que circula en el extranjero- podrían despertar también. Mientras que en Palestina se ha podido ver en todo el mundo el horror puro durante los últimos cuatro meses y medio, se está creando un mundo de horrores en todas las latitudes, incluida la nuestra. Solo una revuelta generalizada puede detenerlo. En este sentido, la salvación de los palestinos oprimidos es una con la nuestra. Y nos proporciona *una palanca* para lograrla.

Akram Al Halabi, *Cheek by jowl*, 2017-2022

# Notas sobre el frente ucraniano de la guerra mundial

## *Guerra de desgaste, guerra civil y perspectiva derrotista*

Lo que se ha librado en Ucrania durante los últimos dos años es la primera guerra «tradicional» que mancha de sangre a Europa desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Una guerra simétrica que enfrenta por primera vez directamente a la OTAN y a la Federación Rusa, con un grave riesgo de escalada nuclear. Un capítulo central en un conflicto más amplio entre bloques de países capitalistas por la partición del mundo. Lo que está en juego es la supremacía y la redefinición de las relaciones de poder dentro del equilibrio internacional. Los asuntos palestinos no son autónomos ni indiferentes al contexto de este tira y afloja internacional, aunque tienen su propia especificidad. En este artículo, trataremos de echar un vistazo al «frente oriental» de este conflicto.

## Una guerra «interna»

El Estado que entra en guerra con otro Estado debe, ante todo, obligar a su propia población a luchar, es decir, a convertirse en carne de cañón. Por eso Simone Weil escribió que la guerra «constituye ante todo un hecho de política interna, y el más atroz de todos». Esto se aplica a cualquier guerra entre Estados, y la guerra en Ucrania no es, sin duda, una excepción[6]. Una vez que

6 Si bien los autores denuncian acertadamente el uso que hace el ejército ucraniano de los seres humanos como *carne de cañón*, como cualquier otra mercancía, al igual que denuncian acertadamente en un texto posterior el «respiro» calculado por los israelíes (es decir, el cálculo de las calorías necesarias para garantizar la mera supervivencia de la población de Gaza), lamentamos que una especie de «campismo» latente les haya llevado a cierta incoherencia. Es decir, que permanecen totalmente callados ante el hecho de que, en el contexto del ataque del 7 de octubre, Hamás no hizo más que considerar a los habitantes de Gaza que morirían tras el ataque como meros peones, contados por miles. Si, varias semanas después del 7 de octubre, Hamás pudo considerar los acontecimientos como una victoria estratégica y política, es porque los habitantes de Gaza han sido mercantilizados, reducidos a ser vistos como un precio a pagar para alcanzar objetivos estratégicos y políticos, que no son más que variables en una ecuación de negocios. Ahí radica toda la enfermedad de la que se compone fundamentalmente la política, una enfermedad que no es en absoluto exclusiva de la «megamáquina». [Nota edición francesa]

la guerra ha comenzado, los soldados que mueren deben ser sustituidos por otros. Los que se niegan son perseguidos, golpeados y arrestados.

El Estado lucha en el frente interno mediante políticas bélicas reales contra su propia población: ya sean políticas económicas, represivas, ideológicas o de desinformación, cuando no directamente militares. Si bien esto es cierto en general, por varias razones específicas la guerra en Ucrania se califica como una de las guerras civiles más crueles y, sin duda, la más peligrosa. En primer lugar, porque el enfrentamiento lo libran quienes hace solo treinta años eran las dos principales repúblicas adheridas a la Unión Soviética. Kiev no solo ha desempeñado un papel fundamental y casi mitológico en la epopeya rusa desde la Alta Edad Media, sino que, en tiempos más recientes, Ucrania ha tenido dos presidentes soviéticos y, tras la Segunda Guerra Mundial, mantuvo una pequeña representación diplomática independiente en el intento de Stalin de multiplicar sus escaños en las Naciones Unidas y modular áreas que sirvieran de puente para las transaccio-

nes económico-políticas con los mercados occidentales.

La combinación del colapso de los regímenes de capitalismo de Estado (con la consiguiente ola de anticomunismo generada por la desaparición de las odiosas dictaduras estalinistas) y la imprudente expansión de la OTAN hacia Europa del Este (ya sea mediante el poder blando y la adhesión «voluntaria» o al son de las bombas de uranio empobrecido, como en la antigua Yugoslavia) ha generado la «obra maestra» geopolítica de una auténtica balcanización de la antigua URSS, con consecuencias aún más peligrosas porque, en este caso, está involucrada una superpotencia nuclear. En segundo lugar, en Ucrania se libra una guerra civil en sentido estricto desde 2014. Los acontecimientos de Maidan y la conquista de una hegemonía relativa por parte de fuerzas abiertamente neonazis están en el origen de la ruptura del tejido social ucraniano. Esto se ha desarrollado de diferentes formas. Crimea fue inmediatamente anexionada por la Federación Rusa, prácticamente sin combates.

En Odessa, las protestas callejeras contra el nuevo régimen tuvieron como respuesta un atroz pogromo contra los trabajadores, con la quema de la Casa Sindical por parte de grupos neonazis escoltados por la policía y la muerte de decenas de manifestantes que se habían refugiado en su interior. En Donbás, la insurrección independentista duró ocho años y se convirtió en una guerra abierta que dejó 14.000 muertos[7]. Si todo

7 Esta presentación de los acontecimientos ucranianos nos deja más que perplejos. Por un lado, el levantamiento de Maidan se considera únicamente como un elemento de la «destrucción del tejido social ucraniano», sin tener en cuenta en absoluto el proceso de autoorganización de los manifestantes, las formas liberadoras que propusieron o la participación activa de parte del movimiento revolucionario en él. Además, ¿podemos aspirar a provocar un cambio radical, un trastorno violento del orden, una insurrección, sin causar una «destrucción del tejido social»? Nos parece que el riesgo de que una revolución se convierta en una guerra civil está siempre presente y, de alguna manera, es inevitable. Analizar los acontecimientos de Maidan únicamente desde esta perspectiva es hacerse eco del discurso del Kremlin, según el cual cualquier revuelta contra el control ruso en Ucrania no es más que un intento de división impulsado por Occidente, y la invasión militar, una operación de desnazificación. Sin escribir una sola línea sobre la sangrienta represión de Maidan, los autores se centran en la represión del «levantamiento independentista en Donbás» (denominado por Rusia «la primavera rusa»), pasando por alto esta vez el hecho de que el Estado ruso apoyó y financió a grupos «separatistas» (según Ucrania) o «profederación» (según

esto convierte la guerra de Ucrania en una guerra fratricida, solo la fraternización entre los proletarios de ambos lados del frente puede poner fin a la matanza.

## La industrialización de la muerte y las fracturas en el frente interno

Tras el primer intento de invasión, las fuerzas armadas rusas pronto se decantaron por una guerra de desgaste, eligiendo el terreno en el que, probablemente con razón, se sentían más fuertes. La guerra en Ucrania se convirtió casi de inmediato en una guerra industrial, y el enfrentamiento, con los planes masivos de ayuda militar del capitalismo occidental al gobierno de Kiev, pronto se transformó en una competencia más general entre las capacidades de pro-

---

Rusia), y utilizó estos levantamientos para invadir militarmente Donbás. La interpretación de estos sangrientos acontecimientos es crucial. Presentar la historia de esta manera resumida e intencionadamente parcial ciertamente no ayuda a desarrollar un análisis antiautoritario que tenga en cuenta las complejas relaciones entre las fuerzas liberadoras, el nacionalismo y los intereses geopolíticos en contextos de violencia extrema. Por el contrario, da la impresión de que prefieren una interpretación de los acontecimientos muy similar a la del Kremlin: ¿el enemigo de mi enemigo...? [Nota edición francesa]

ducción bélica de los dos bloques de países capitalistas involucrados.

Esto ha supuesto una importante aportación a la investigación científica, que siempre ha estado estructuralmente interconectada con el aparato militar. Geolocalización de objetivos, autonomía «inteligente» de misiles capaces de evadir intentos de interceptación o, por el contrario, «perseguir» a las municiones antiaéreas, y uso masivo de drones. Últimamente, fuentes ucranianas han expresado su preocupación por el hecho de que Rusia esté empezando a utilizar enjambres de drones conectados por redes neuronales, de modo que no tengan que ser pilotados individualmente a distancia, sino que sean capaces de idear estrategias colectivas para atraer a los antiaéreos, detectar su origen y lanzarse contra ellos, o lanzarse individualmente sobre objetivos terrestres cuando son detectados. Recientemente, un estudio italiano (realizado por Dario Guarascio, de la Universidad Sapienza de Roma, Andrea Coveri, de la Universidad de Urbino, y Claudio Cozza, de UniParthenope) destacó el papel cada vez más interconectado del aparato militar y las llamadas grandes

tecnológicas. Si bien la naturaleza leviatánica del aparato industrial-militar no es nada nuevo, lo que llama la atención hoy en día es el reducido número de actores que participan en la cima de la pirámide: un puñado de multimillonarios controlan las nubes con los datos utilizados por los servicios de inteligencia, son propietarios de las infraestructuras espaciales que permiten la comunicación y la geolocalización, y disponen de los recursos económicos necesarios para realizar inversiones masivas en la investigación de la denominada inteligencia artificial.

Esto es lo que ocurre en el ámbito occidental. Si a esto le sumamos las grandes empresas estatales o semipúblicas dedicadas a la investigación militar y de alta tecnología en China, o si pensamos en la peculiar estructura de la economía rusa (con los llamados «oligarcas»), no es exagerado decir que nos enfrentamos a una situación que en muchos aspectos se asemeja a la de la era clásica del imperialismo: militarismo, desarrollo industrial y monopolios (a decir verdad, con una diferencia hoy en día de muchos «ceros» en las cuentas corrientes

de los propios monopolistas)[8]. En este contexto, la investigación científica tuvo que adaptarse a las exigencias tácticas del conflicto. Las armas de alta tecnología, pero extremadamente caras, resultaron ineficaces. Lo que implica la guerra de desgaste es un tira y afloja entre la tecnología, la economía y la industria. Hay que producir más que el enemigo, a un costo menor, perder menos de lo que se puede reproducir y destruir más de lo que el enemigo puede reproducir. Desde este punto de vista, la consideración de que en el capitalismo los seres humanos son una mercancía, al igual que otras mercancías, nunca ha sido más dramática. El cálculo de la capacidad reproductiva de las reservas de seres humanos que se enviarán al frente es uno de los campos en los que se enfrentan las fricciones entre la OTAN y Rusia en Ucrania. La expresión «picadora de carne», utilizada para describir las dos grandes batallas del año pasado (Bachmut y Avdiivka), da una idea terrible de ello.

8 Giovanna Branca, «Las dos caras de la misma moneda: las grandes tecnológicas y la industria militar», Il manifesto. [Nota edición italiana]

La vida y la muerte de los soldados en el frente suelen depender de un feroz cálculo económico, es decir, de si el costo del equipo disponible para destruir a un determinado número de soldados merece la pena la inversión. Esto desalienta la concentración de fuerzas y contribuye a la relativa estabilidad de la línea del frente, prolongando la carnicería. Por lo general, cuanto más aumentan las bajas en el campo de batalla, más cede el sentimiento nacionalista ante la negativa a morir, que se extiende de los soldados a sus familias. La renuncia, la deserción, la huida y las protestas de los familiares hacen que las herramientas de reclutamiento sean aún más coercitivas y que los reclutas sean cada vez menos «aptos». Esto es lo que está ocurriendo en Ucrania, donde se multiplican los episodios de deserción y los enfrentamientos en los pueblos para impedir la captura de los soldados movilizados por la policía militar. A principios de diciembre, el propio Zelensky admitió el fracaso de la contraofensiva. Ucrania se ve así obligada a atrincherarse en posiciones defensivas mientras espera a que Europa y Estados Unidos decidan que es hora de sentarse a

negociar, con los territorios ocupados por el ejército ruso. Entre el otoño y el invierno, los sangrientos y fútiles esfuerzos por cambiar el equilibrio provocaron un deterioro significativo de la moral en ambos bandos, con un aumento de las deserciones y las negativas a combatir[9].

En un episodio en el lado ruso del frente, 300 soldados fueron secuestrados por negarse a volver a combatir[10]. En muchas ciudades ucranianas, las protestas de las mujeres para que se desmovilicen sus hijos y maridos, que en muchos casos llevan luchando desde el inicio de la guerra con diez días de vacaciones anuales, han continuado y se han intensificado. Todo ello tiene repercusiones políticas para la clase dirigente ucraniana. El episodio más sensacional, y potencialmente cargado de consecuencias, fue la sustitución del carismático comandante en jefe Valery Zaluzhny tras

9 «Guerra, prisión o discapacidad: aumento de las deserciones militares rusas», The Moscow Times. [Nota edición italiana]

10 «Ira en el frente y ansiedad en casa mientras la movilización de Rusia se ve envuelta en problemas», CNN. [Nota edición italiana]

meses de controversia y desacuerdos con el presidente Zelensky. En el origen de los desacuerdos estaban las decisiones estratégicas sobre cómo continuar la guerra. Zaluzhny (que ciertamente no es moderado y ha sido fotografiado en repetidas ocasiones en compañía de los líderes de Pravyj Sektor) habría preferido retirar sus fuerzas y colocarlas en posiciones más defendibles en determinadas situaciones específicas. Al mismo tiempo, Zaluzhny insistió en una nueva movilización de 500.000 hombres. Las posiciones del general de la escuela soviética se derivan del conocimiento técnico de cómo debe llevarse a cabo una guerra de desgaste, tratando, por un lado, de no desperdiciar todo el material en batallas perdidas (incluido el material en forma de carne humana) y, por otro, de adquirir material nuevo. Por el contrario, el jaque mate en el que se encuentra Zelensky es totalmente político, ya que teme las consecuencias sociales de una nueva movilización y, al mismo tiempo, no se atreve a anunciar retiradas a su propia opinión pública y, sobre todo, a sus partidarios internacionales.

En su lugar, se ha aprobado un proyecto de ley que prevé, entre otras cosas, el reclutamiento de ciudadanos ucranianos que viven en el extranjero (bajo pena de invalidación de sus pasaportes) y el reclutamiento en línea (por correo electrónico, ya utilizado por el ejército ruso), gracias a la reciente digitalización de los registros militares. Con estos intentos cada vez más desesperados de conseguir carne de cañón, mientras aumentan las penas de prisión para los desertores del servicio militar y se envía a presos a sustituir a los mineros que luchan en el frente, la necesidad de defenderse de la ocupación rusa está siendo sustituida para muchos ucranianos por la necesidad de defenderse de *su propio ejército*[11]. Durante el otoño, se produjo una ola de ataques contra casas y coches de magistrados, comisarías de policía y, a ambos lados de la línea del frente, incendios provocados en centros de reclutamiento.

11 «Ataque a un aeródromo militar y otras negativas a combatir en Rusia y Ucrania. Mediados de otoño de 2023 libcom.org [Nota edición italiana]

## Una guerra global

Desde la llamada «duplicación» del Canal de Suez, la categoría geopolítica del «Mediterráneo ampliado» se ha puesto de moda en los círculos financieros, diplomáticos y militares: se refiere a la región mundial del Mediterráneo y los mares que lo bordean directamente (el Mar Rojo y el Mar Negro) como un único flujo logístico y financiero.

Desde Crimea hasta Yemen, pasando por Palestina, sin olvidar la crisis migratoria en el norte de África y la ruta de los Balcanes, vemos que toda la zona está en llamas. Ya estamos en una Gran Guerra. Si tenemos en cuenta que la única base china en el extranjero se encuentra en Yibuti y que Sudán es uno de los países africanos que recientemente ha caído bajo la influencia rusa, nos damos cuenta de la loca fricción de fuerzas que atraviesa la zona. La guerra en Ucrania, así como el conflicto en Asia Occidental (una definición que nos parece decididamente menos eurocéntrica que la denominada Oriente Medio), son capítulos, en ciertos aspectos frentes diferentes,

de un conflicto global cada vez más acalorado, que prevé el choque directo entre Estados Unidos y China en el horizonte estratégico de la lenta pérdida de hegemonía del capitalismo occidental, aunque por el momento siga siendo ampliamente dominante. Sin embargo, no hay que pasar por alto las enormes diferencias entre la situación ucraniana y la cuestión palestina. En Ucrania se libra una guerra fratricida entre dos Estados, mientras que en Gaza se está llevando a cabo un genocidio por parte de una potencia regional apoyada por Estados Unidos y sus aliados contra la población palestina restante, ya diezmada por 70 años de ocupación militar y deportaciones masivas. Lejos de formar una oposición, local e internacional, entre fuerzas simétricas, los palestinos han sido abandonados por todos los países árabes.

Este último incluso se ha negado, en la mayoría de los casos, a impedir el sobrevuelo de su espacio aéreo o la navegación por sus aguas territoriales de vehículos occidentales cargados con ayuda militar para Israel. La propia Rusia de Putin ha mantenido históricamente una sólida alianza con

Israel (dictada también por el hecho de que la última generación de colonos procede en su mayor parte de poblaciones judías que vivían en la Unión Soviética). Solo recientemente esta alianza se ha visto empañada por las críticas moderadas del gobierno ruso a la política militar sionista, calificada de «desproporcionada».

El principio derrotista sigue siendo válido en todas partes, según el cual la lucha de los explotados durante una guerra debe dirigirse ante todo contra su propio Estado. Pero si para los ucranianos y los rusos esto significa derrocar a sus respectivos gobiernos, el único Estado que los palestinos han conocido durante su vida es el Estado sionista y su régimen de ocupación militar (o, como mucho, la burocracia colaboracionista de la Autoridad Nacional Palestina). La historia palestina puede enmarcarse sin duda en el conflicto global actual, pero se presenta bajo la forma de lo imprevisto. La misma solidaridad internacional que se ha desarrollado y los importantes episodios de lucha de clases que muchos trabajadores del mundo han protagonizado contra el genocidio (el bloqueo de puertos, las huelgas internacionales

de solidaridad, las acciones directas) están dando nueva vida y energía a la lucha internacionalista contra todas las guerras.

### Abandonar la guerra mundial clavando a nuestros gobernantes en sus responsabilidades

Por lo que a nosotros respecta, seguiremos considerando a «nuestro» Estado como el principal enemigo. No solo por una cuestión de principios y coherencia internacionalista: Italia está gravemente comprometida en la actual conflagración mundial. Nuestros gobiernos están apoyando militar y económicamente al régimen de Kiev, están entrenando al ejército ucraniano en territorio italiano, están participando en la guerra comercial mediante una política de sanciones que empobrece sobre todo a los proletarios de nuestro país. Al mismo tiempo, el gobierno italiano está llevando a cabo una acción diplomática para apoyar el genocidio de los palestinos, en muchos aspectos incluso de forma más descarada que otros gobiernos occidentales (véanse los votos de abstención en la ONU). Mientras continúa la matanza, sigue proporcionan-

do armas y colaboración científica a Israel. No falta la colaboración ideológica, con un sistema de comunicación monopolizado por la propaganda sionista, empezando por la televisión estatal. Un protagonismo que finalmente fue recompensado con el mando militar italiano de la misión naval europea en el Mar Rojo contra los hutíes.

Hacer hincapié en las responsabilidades del Estado italiano también nos permite aclarar la posición de los anarquistas con respecto a posibles tentaciones oportunistas de diversos orígenes, incluidas las de cierta oposición a las guerras de la OTAN que tienden a reducir las faltas de las clases dominantes italianas a una mera servidumbre colonial al llamado «Imperio» repleto de estrellas. Por el contrario, el papel de liderazgo militar asignado a un almirante italiano en la misión Aspides contra los hutíes confirma la responsabilidad directa del militarismo tricolor en lo que es una sucia operación de disuasión en apoyo del genocidio de los palestinos y, más en general, un compromiso muy importante a lo largo de la línea de falla que va del Mar Rojo al Mar Negro que se ha mencionado. Por

otra parte, los aviones espías de la OTAN que sobrevuelan Crimea y proporcionan valiosas indicaciones para los bombardeos ucranianos parten de bases militares situadas en territorio italiano (en particular, de Sigonella).

Todo esto se ve recompensado con generosas cuotas del botín colonial. En este sentido, es simplemente vergonzoso el acuerdo entre ENI y el Ministerio de Energía e Infraestructuras de Israel para la asignación de seis licencias para extraer gas de Gaza (en la denominada «Zona G», palestina en un 62 % según los tratados internacionales). Sencillamente, un acuerdo robado. Esto ocurre mientras ambas guerras están generando beneficios astronómicos para las industrias armamentísticas italianas, con Leonardo registrando un aumento del 82 % en su capitalización bursátil en 2023. Por eso es aún más urgente que nos opongamos a la guerra y hagamos que las clases dirigentes de nuestro país asuman sus responsabilidades. Deben pagar, y que esto no sea una declaración retórica.

Abdelrahman Al Muzayen, *Palestine Series*, 2000

# ¡Subhumanos[12] de todo el mundo, unámonos!

Para comprender lo que está sucediendo en Gaza (y Cisjordania) y dar una perspectiva liberadora a la solidaridad con los palestinos oprimidos, es necesario ir más allá de la crónica -aunque sea una crónica de horror- y comprender los elementos sociohistóricos básicos. Sin una comprensión profunda de lo que es el colonialismo sionista, independientemente de la ideología bajo la que se disfraza de vez en cuando, se corre el riesgo de aplicar esquemas interpretativos inadecuados o incluso engañosos al contexto palestino. Un historiador escribió que «la invasión colonial de tierras para crear asentamientos es una estructura, no un acontecimiento». Una estructura que sigue funcionando tanto contra la población nativa como dentro de la sociedad

12 *Untermenschen.* [Nota editorial]

colonial, ya que el proyecto constante de eliminar a la primera («la eliminación es un principio organizativo») produce la movilización total de la segunda.

Los palestinos no son proletarios a los que el capitalismo israelí quiere explotar, sino pueblos indígenas a los que el colonialismo sionista quiere eliminar. El robo no es de tiempo de trabajo, sino de espacio. Cuanto más se las arregla el sistema colonial sin la mano de obra indígena -y esta tendencia del aparato israelí se ha intensificado especialmente desde la década de 1990-, más se convierten las masas colonizadas en un exceso. «A medida que los palestinos se vuelven cada vez más inútiles, la Franja de Gaza y Cisjordania se parecen cada vez menos a un bantustán y cada vez más a reservas o al gueto de Varsovia». Entonces llega el momento oportuno para dos soluciones: la primera, intrínseca a la lógica colonial; la segunda, siempre posible en caso de resistencia: la deportación a otro territorio o el asesinato en masa.

Sin embargo, hay dos aspectos en los que el Estado israelí y la industria tecnológi-

ca necesitan a los palestinos. Todo lo que exporta el sistema israelí -y que lo garantiza, junto con el apoyo de Estados Unidos a su estructura económica- se prueba en los cuerpos y las vidas de los palestinos. La maquinaria tecno-militar israelí está a la vanguardia mundial porque prueba sus tecnologías y armas de forma permanente y directa, a pocos kilómetros de sus propios laboratorios, sus propias sedes y sus propias universidades. La indiferenciación entre lo civil y lo militar, el colono y el soldado, el profesor y el oficial, la movilidad de sus fronteras -a la que se corresponde la de sus fundamentos jurídicos-, así como la psicología del asedio, hacen que toda innovación -tecnológica, arquitectónica, doctrinal- sea constitutivamente dual. Es precisamente porque la fusión entre lo civil y lo militar es ahora una tendencia generalizada que los productos de alta tecnología israelíes se vendieron en 2021 a 130 países y que más del 40 % de la financiación mundial en el sector de las tecnologías de la información fue absorbida ese mismo año por la tecnocracia israelí. Sin embargo, el sistema israelí no solo exporta armas,

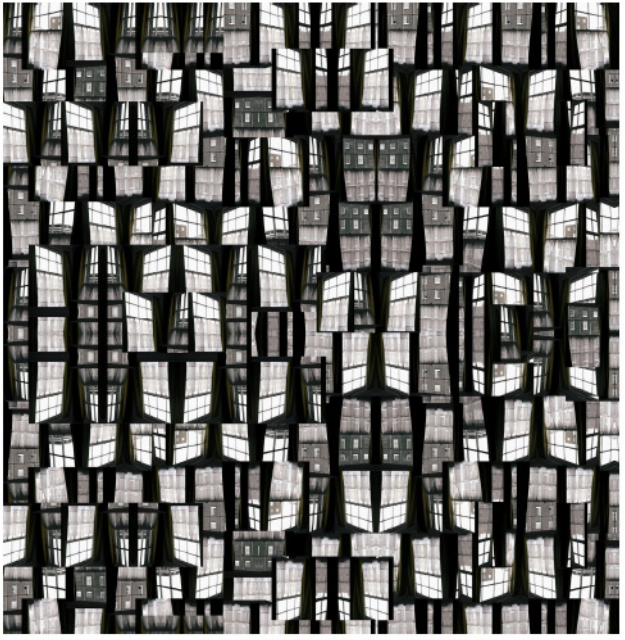
tecnologías y técnicas policiales, militares y de administración urbana, sino también un modelo para abordar uno de los problemas de nuestro tiempo: qué hacer con las masas que el capitalismo ya no quiere o no puede integrar. En el empeoramiento gradual del enredo bélico, el desastre ecológico y la sustitución algorítmica del ser humano, donde los explotados de hoy pueden convertirse en los desplazados o «refugiados climáticos» de mañana, y el tecnócrata es un nuevo colono que se traslada con armas y equipaje a otro «ecosistema productivo», la estructura del colonialismo de asentamiento no es un vestigio del pasado, sino más bien un programa de trabajo. Después de todo, la detención administrativa -una invención del colonialismo histórico y relanzada por el propio Estado de Israel- lleva mucho tiempo aplicándose en la mayor parte del mundo contra los migrantes indocumentados. El otro aspecto por el que los palestinos son materia prima para ser explotados es, en cierto modo, colateral al primero. La construcción de guetos protegidos tecnológicamente (y fortalezas coloniales panópticas), la fragmentación

territorial y la represión violenta han imposibilitado cualquier autonomía económica en los territorios palestinos, cuya supervivencia depende en gran medida de los «donantes» internacionales. Sobre estos fondos y suministros, el Estado de Israel impone tanto su control como sus «impuestos» y luego redistribuye la pequeña porción a la Autoridad Nacional Palestina, en torno a la cual se ha reunido una élite privilegiada (y colaboracionista). Las técnicas de tortura y humillación, la explotación de las divisiones clánicas y sociales, los falsos acuerdos con los palestinos moderados y los falsos desacuerdos con los colonos particularmente brutales, la dosificación del «espacio para respirar» (expresión utilizada para denotar el cálculo de las calorías necesarias para garantizar la mera supervivencia de la población de Gaza) y espacio de terror: todo ello constituye un saber hacer muy apetecible en una época en la que la línea entre la administración «humanitaria» de la vida y la producción industrial de la muerte tiende a difuminarse. Basta con «un solo movimiento en el dial de mando» para poner en marcha la

«turbina alimentada por sangre». Que en la única democracia de Oriente Medio se llame abiertamente animales o subhumanos (untermenschen, ¿no les recuerda eso a algo?) a unos cuantos millones de personas pertenecientes a una «población hostil» revela no solo la naturaleza genocida del colonialismo de asentamiento, así como la perfecta compatibilidad entre la forma democrática y las prácticas de exterminio, sino también el alcance de la liberación palestina. El desmantelamiento del sistema colonial israelí —es decir, de la guarnición imperialista en Oriente Medio— solo puede tener un efecto decisivo sobre los explotados y oprimidos de todo el mundo. En las plazas, miles de inmigrantes no solo gritan «Israel terrorista», sino también «Gaza vencerá», lo que demuestra cómo la angustia y la ira por la masacre en curso se mezclan con el entusiasmo y una profunda necesidad de represalia.

La liberación antisionista solo puede ser contra la Autoridad Nacional Palestina y el sistema de privilegios en el que se basa. Y marca la variante humana (y de clase) de la venganza contra el muro electrónico, sus

puestos de control automatizados, sus sensores, sus drones, es decir, esa sociedad de puertas de entrada en construcción incluso en nuestras latitudes, dispuesta a dejar fuera a todos aquellos que no encajan. ¿Hacia dónde puede conducir la situación actual? No lo sabemos. Lo que sí sabemos es que, si el resultado es siempre consecuencia de las fuerzas en juego, debemos darle nuestro propio giro. En primer lugar, desvinculándonos prácticamente de «nuestro» Estado y «nuestro» capitalismo, cómplices activos del genocidio que se está produciendo en Gaza. El odio hacia lo que está haciendo Occidente es indeleble e irreversible.



Steve Sabella, *In Exile*, 2008

# Destellos internacionalistas en solidaridad con Gaza

En el mundo occidental, la solidaridad desde abajo con los palestinos oprimidos para imponer un alto el fuego en Gaza se ha manifestado de formas muy diferentes, pero todas convergen en la necesidad y la urgencia de salir a las calles y actuar concretamente contra el genocidio que el Estado de Israel está llevando a cabo contra el pueblo palestino y contra el sistema israelí. Tanto en Inglaterra como en Estados Unidos se han celebrado algunas de las mayores manifestaciones jamás vistas en apoyo a la causa palestina, en las que han participado cientos de miles de personas, algunas de ellas promovidas por organizaciones judías explícitamente antisionistas, como la ocupación de la estación Grand Central de Nueva York y la invasión del Congreso en Washington; mientras que en Francia y Alemania las plazas han desafiado las pro-

hibiciones legales impuestas por las autoridades en varias ocasiones desde principios de octubre. La solidaridad con Palestina también se materializó en bloqueos logísticos: se bloquearon carreteras, ferrocarriles y puentes (especialmente llamativo fue el caso del puente de la bahía de San Francisco, donde los manifestantes arrojaron las llaves de sus coches al agua para impedir el restablecimiento del tráfico), y en los puertos europeos, estadounidenses (entre todos, destaca el intento parcialmente exitoso de establecer un bloqueo «coordinado» entre los puertos de Oakland y Tacoma) y australianos, se obstaculizaron y, en algunos casos, se bloquearon las operaciones de los barcos dedicados al transporte de armas, en particular los de la empresa israelí ZIM. Algunos sindicatos portuarios han declarado su negativa a transportar armas a Israel. Muchas acciones se han dirigido contra los fabricantes de armas y tecnología militar. En este sentido, la campaña contra el conglomerado Elbit en Inglaterra fue particularmente enérgica, con la ocupación de su sede en Londres y la paralización de la producción en sus fábricas de Southamp-

ton, Edimburgo y Bristol. Leonardo UK, la filial británica de la empresa italiana, también se vio afectada por la campaña y una universidad suspendió sus relaciones con la empresa tras las protestas estudiantiles, mientras que los bancos y los grupos de inversión fueron atacados por financiar la industria bélica.

Ha habido y hay muchas acciones directas que han señalado como responsables del genocidio a las empresas multinacionales que mantienen estrechas relaciones con el capital israelí o que obtienen beneficios de actividades comerciales en los territorios ocupados: McDonald's, Starbucks, KFC, Carrefour, Puma, Zara; una responsabilidad que se extiende al aparato mediático por su complicidad con la narrativa israelí de la guerra, desde las acciones contra la BBC, la CBC, Fox News y el New York Times. En las universidades, los estudiantes respondieron a los llamamientos de los jóvenes palestinos que exigían el fin inmediato de las relaciones con las universidades y empresas israelíes que, no solo militarmente, colaboran con Israel. Se ocuparon y dañaron oficinas e instalaciones de organis-

mos gubernamentales, así como oficinas de partidos gubernamentales. Un hecho que parece surgir junto con la constancia de las manifestaciones es que las movilizaciones que muestran mayor continuidad y «participación» parecen inspirarse en el modelo de campañas contra objetivos específicos: las acciones en este caso buscan poner el foco en las colaboraciones de un elemento específico del sistema económico y político en relación con el genocidio llevado a cabo por Israel, en un intento de golpear sus beneficios o detener dichos acuerdos. Al igual que en una radiografía, estas acciones revelan, tras la fachada de un Occidente en el que reina la paz (y que tal vez incluso se permite reprender ocasionalmente a Netanyahu cuando la matanza alcanza sus cuotas más atroces), la red de relaciones militares, económicas, comerciales, políticas y académicas que garantiza el funcionamiento de la maquinaria de muerte israelí. A través de este mapa de intervenciones, la opresión que dura décadas y el genocidio actual de los palestinos se revelan como profundamente arraigados y estructurales en nuestras latitudes. En Italia, el mo-

vimiento de solidaridad con Palestina no ha alcanzado la intensidad de otros países, tanto en la participación en manifestaciones como en las iniciativas para atacar la complicidad de las empresas italianas en la masacre, pero algunos hechos parecen ir en la dirección correcta, en un intento de hacer que el amo nacional y otros paguen el precio de su (co)responsabilidad en el conflicto. El sindicalismo conflictivo -internacionalista- en el que se organiza parte del proletariado inmigrante que ha estado luchando con mayor determinación en los últimos años en la logística de la gran distribución, poco después del inicio de la guerra de Israel contra los palestinos en Gaza (el 20 y 21 de octubre de 2023) promovió dos días de movilización y lucha contra la guerra y en solidaridad con la resistencia palestina, proclamando para el día 20 una huelga general de todas las categorías (que se repitió el 17 de noviembre) y convocando para el día 21 una manifestación en Ghedi, a la que asistieron algunas de las organizaciones palestinas más importantes de Italia. En los puertos de Génova y Salerno, los trabajadores y soli-

darios bloquearon las puertas para impedir el transporte de armas y condenar la convivencia de los operadores de terminales italianos con la empresa israelí ZIM. Los estudiantes ocuparon varias universidades de toda Italia exigiendo el cese de las relaciones de sus universidades con Israel en respuesta a un llamamiento a la movilización de la *Universidad de Birzeit* en Cisjordania: entre los objetivos figuraban la oposición a la militarización de la investigación y las relaciones de la universidad con la industria bélica, empezando por Leonardo s. p.a. Y se han celebrado y se siguen celebrando numerosas protestas en diversas partes de Italia para boicotear, como mínimo, a las empresas que colaboran con el sistema israelí, desde Carrefour hasta McDonald's, pasando por negocios locales. Y si en algunas ciudades las movilizaciones callejeras en solidaridad con la resistencia palestina parecen tener dificultades para convertirse en un verdadero momento de unidad de las instancias antiguerra y de solidaridad internacionalista concreta, caracterizándose a veces por un desequilibrio en su composición (donde el protagonismo de los activis-

tas o militantes italianos es más significativo, hay una escasa presencia de inmigrantes árabes, y viceversa), en otras ciudades esta convergencia parece ser más fuerte. Miles de personas se vuelcan a las calles principales de Milán todos los sábados, por citar solo algunos ejemplos. Sin embargo, una mirada más atenta a la composición de las plazas y las diferentes iniciativas, con algunas excepciones, revela cómo la naturaleza interclasista del conjunto que se moviliza, principalmente el mundo de los activistas, se mueve hacia impulsos ético-morales en los que poco aparece, o solo se vislumbra en el horizonte, en forma de razonamiento material sobre la guerra en curso y sus consecuencias en nuestras vidas. Las movilizaciones en las universidades y en el mundo de la investigación son un testimonio perfecto de ello. Gracias a los llamamientos de las universidades palestinas, de hecho, se ha intentado identificar los acuerdos entre universidades italianas e israelíes como un punto de crítica, exigiendo su rescisión por la práctica de la ocupación y, en el caso de la investigación, mediante cartas y posturas de investigadores que no quieren sentirse

corresponsables de la masacre. Sin embargo, a partir de esta posición, a menudo no se ha avanzado. De hecho, no siempre se critica la necesidad a la que responden estos acuerdos en el mundo en el que vivimos y la tendencia que refuerzan. El riesgo es caer en el malentendido de que la «cuestión» palestina es un tema aparte y, como tal, debe tratarse, en lugar de convertirse en una oportunidad para criticar todo el sistema de investigación y universitario. Si tenemos en cuenta la dificultad previa para construir una oposición a la guerra en Ucrania y la separación -en el discurso, en la práctica- en la que se mantiene con respecto al genocidio que se está produciendo en Gaza, podemos ver cómo la «cuestión» palestina corre el riesgo de ser percibida como un tema aparte. Si la asimetría mencionada explica esta dificultad (en Palestina, los resultados de siglos de opresión se concentran y condensan en número e intensidad), sigue existiendo el riesgo de no poder ver lo que une los conflictos actuales y el contexto en el que se desarrollan (la disputa global entre Estados Unidos y China y las múltiples fallas conflictivas que

abre en los contextos regionales; el posible desarrollo de una guerra a escala global), y por lo tanto no poder construir, con el tiempo, una oposición que pueda dar una respuesta, aunque sea pequeña pero eficaz, a los nuevos escenarios que se producen cada día con mayor frecuencia. Una nueva oportunidad se presentó en las jornadas de lucha del 23 y 24 de febrero convocadas por el sindicalismo de base, que se sumó al llamamiento de los jóvenes palestinos para bloquear Italia contra la posición del gobierno, la OTAN y los Estados europeos y occidentales que apoyan el genocidio que Israel lleva a cabo desde el 7 de octubre y la ocupación colonial que dura ya más de 75 años en Palestina. Estos dos días nacieron de la necesidad de dar una respuesta unida e internacionalista, capaz de ejercer la solidaridad con actos concretos, en un intento de construir «oportunidades» para interrumpir los flujos económicos de los amos, reuniendo a todos aquellos que están pagando o pagarán las consecuencias del actual conflicto mundial, dando fuerza a un movimiento internacionalista contra la guerra.

Hosni Radwan, *Exile 1*, 2022

# Guerra civil global y frente interno: *consideraciones y preocupaciones*

Desde que el recién elegido pontífice católico acuñó la fórmula «guerra mundial por partes» en 2014, se ha convertido en un mantra analítico omnipresente. Al encontrar una categoría histórica para una serie de fenómenos de restitución de la guerra, como los ataques en suelo europeo, las inestabilidades políticas más o menos lejanas de Occidente y las formas de ciberataques a las infraestructuras digitales, que por lo tanto no pueden atribuirse a la antigua imaginería de Caporetto, Jorge Bergoglio ha sido aceptado *urbi et orbi* como filósofo de la historia, ¡gracias a Dios! El énfasis en la espacialidad de la dimensión de la guerra resuena a diario en las palabras de periodistas, analistas geopolíticos prepagados o improvisados, e incluso -aunque

no con referencia papal- en los textos de la variopinta escena militante italiana. Si Clausewitz dijo que «la guerra no es más que la continuación de la política por otros medios» y Foucault que «la guerra es la continuación de la política», tal vez su relación sea un poco más compleja y consustancial para ser representada en estos continuos que pasan de una esfera a otra de manera tan formalizada, sea cual sea la dirección del vector. Confiar hoy en un panorama analítico que traza los derechos internacionales y creer que existe una alternancia verificable entre territorios en guerra y otros en paz, aunque sea en un proceso cambiante, sería miope o ingenuo. Más bien, los tiempos actuales nos exigen volver a poner en primer plano lo que entendemos por «guerra» y volver a centrarnos en lo que siempre hemos sabido y lo que Alfredo Bonanno ha escrito claramente en varias ocasiones: «El Estado es guerra». Por lo tanto, no existe un riesgo real como el de una guerra mundial por partes, pero sí una realidad aterradora en la que la política occidental se ha despojado por completo de la máscara teatral positiva que ha

llevado durante algunas décadas con ciertos sectores de la población indígena. Su verdadero rostro siempre ha sido el de una coincidencia casi total con la beligerancia, y ya no siente la necesidad de ocultarlo: la política es guerra, la guerra es política. No existe ningún derecho posible del pueblo a actuar como freno u opio para los pueblos y las almas bellas, sino que reina absolutamente el de las finanzas, la industria y la tecnología con su tendencia a la conquista extrema y, en consecuencia, a los términos extremos, a los bombardeos policiales, a la aniquilación pura de la que hablaba Giinther Anders. Tener presente que el Estado siempre está en guerra no significa, sin embargo, ignorar las atrocidades particulares de los frentes calientes, de la guerra que se está librando. De hecho, los más de 30.000 cadáveres en la Franja de Gaza no son solo otra cifra o variante estadística, sino la consecuencia más atroz del modelo epistemológico y técnico de esta fábrica de muerte. En su ejemplo paradigmático, la eliminación del problema humano mediante la aniquilación es la forma generalizada de toda acción instituyente y excluye incluso

las prácticas biopolíticas bien establecidas de profilaxis social. Precisamente a partir de estas conciencias, es imperativo poder mirar la relación entre beligerancia, paz y política, por un lado, y enemigo, ciudadano y Estado, por otro, con una mirada no contaminada por los dominantes y las lógicas de los derechos internacionales en la era de su descarada revelación, así como la ya mencionada de la política. Lo necesitamos sobre todo para comprender lo que podemos hacer aquí, en la proximidad de la experiencia, y no perdernos en el torrente de noticias que nos llegan desde los cuatro rincones del mundo de una manera sofisticadamente mediada -si no totalmente falsa-, encadenándonos a una dependencia de los canales de información, desplazando en la virtualidad nuestra presencia en el mundo y doblegándonos adictos a la pornografía del dolor. A partir de estas premisas, se derivan dos nodos temáticos: en primer lugar, cuál es el espacio político en el que actúa la guerra y cómo este no se corresponde con un relevo fuera de los límites nacionales; en segundo lugar, cómo la extensión de la guerra no debe atribuirse úni-

camente al elemento militar, sino que está unida a los elementos civiles, sociales y económicos, antes presentados como separados y ahora organizados descaradamente de forma cada vez más estrecha por los señores del abismo. A veces surge una ingenuidad en las palabras de nuestros compañeros por la que se romperían los binomios históricos categóricos de las doctrinas políticas de Estado-sociedad y civil-militar; palabras que olvidan que estos elementos nunca han estado separados, sino que ciertamente en el pasado se inscribían en una dialéctica más compleja en la que el conflicto social del siglo pasado desempeñaba un papel central. ¿Por qué deberíamos pensar en estos elementos como históricamente separados cuando ahora se vuelven a unir explícitamente incluso en el discurso político? Por otro lado, sin embargo, esto no significa refugiarse en el mismo viejo estribillo de la militarización, el que solo ve los fenómenos más evidentes, como los soldados en las calles, y plantea el argumento de que lo militar debería extenderse a la sociedad civil. La militarización no es un proceso continuo, sino un principio

fundacional de la modernidad, una presuposición de la misma. Además, en la última década, siguiendo con el conocido ejemplo de las tecnologías de doble uso, las guerras de las que hemos oído hablar sugieren cada vez más a menudo que su uso extensivo se prueba primero en el entorno «civil» general, especialmente en contextos urbanos, y luego se perfecciona en conflictos armados. Las empresas emergentes y las empresas del sector, dada la forma en que se organiza la producción (y la competencia entre los «actores»), en contextos altamente capitalizados lanzan primero sus sórdidos productos a través de las administraciones locales con las que tienen acuerdos de crecimiento territorial, en la línea de la ciudad inteligente, y solo después de haber sido atadas y subvencionadas para una economía de escala, pasan al mercado más amplio. Aunque la yuxtaposición pueda parecer descabellada, igualmente significativo es el uso en las últimas semanas de colonos israelíes reservistas como soldados oficiales precisamente en los territorios ocupados por ellos, de modo que en Cisjordania muchos palestinos se han visto obligados a

someterse ya no de manera extraoficial, sino oficial, al abuso de los ladrones de tierras, que se han convertido en autoridad militar de la noche a la mañana. La intención aquí no es negar que el marco general de cierta producción tecnológica tuviera su principal aportación en la administración militar, sino más bien que el alcance general de la política bélica tiene diferentes campos de investigación y diferentes regímenes de implementación que no pueden sectorializarse. La militarización, dada esta organización de las relaciones de dominio, cae en su significado de devenir, de una especie de ampliación, y confirma la identidad de la guerra y el Estado. Lo que está ocurriendo hoy en día es el descarado desenmascaramiento de esta unidad, el colapso de cualquier promesa emancipadora ficticia del Estado y el capital, tal y como se presentó ficticiamente a las generaciones del Estado del bienestar, que no eran más que aquellos que se habían apoderado de una relación de poder menos aplastada por la panoplia de los dominantes. La ideología institucional que presenta al «Estado» con mayúscula como un producto abstrac-

to de los acuerdos internacionales de los dos últimos siglos, como una combinación de pactos y leyes equilibrados en un marco normativo de progreso hacia formas cada vez más maduras de lo político, en el que el elemento de la guerra se daría como una «excepción» en el tiempo y como un proceso de «militarización» en el espacio, es una farsa que solo beneficia a quienes desean reclamar órdenes jurídicos más garantizados a nivel local y órganos de protección internacional más equilibrados.

Esto no llevaría muy lejos, por ejemplo, de la agonía cultural por una escuela mejor y más democrática o por una investigación académica menos coludida con las multinacionales armadas. Ciertamente, no significa ignorar o abandonar situaciones en las que podrían desarrollarse agregaciones contra los procesos de producción bélica, como la universidad, sino más bien mantener la rectitud al pensar en la diferencia sustancial entre los objetivos de reproducción de instituciones menos vinculadas al sector económico de la guerra y la tensión por una vida libre. En cuanto a cómo las filas del aparato estatal se están cerrando

en torno a sus instituciones fundamentales (también conocidas como la administración pública) o sus compartimentos culturales (escuelas y similares), quizá sea más convincente encontrar palabras comunicables sobre el cambio en la forma en que el Estado ve al ciudadano y sobre la calidad de la relación social que construye con él. En la práctica, parece que ya no hay zonas libres en las prácticas del espacio social, aquellas que los demócratas creían a salvo de la participación activa en lo que es una movilización total y continua de la población de los Estados europeos. Y, sin embargo, este estado de cosas no se basa principalmente en intentar ponerle el casco al ciudadano o convertirlo en objeto de la bayoneta, sino en verificar su disposición a ser movilizado continuamente en la reproducción de las relaciones de vida.

Sin cuestionarse a sí mismo, con obediencia, con una demostración continua de su filiación a la autoridad, bajo la amenaza de ser eliminado de la comunidad civilizada. El periodo de dos años de Covid, con un decreto diario incluso sobre la asistencia a primos y tíos en días alternos, es en

este sentido una representación paroxística. No es casualidad que las protestas que surgieron contra la gestión de la pandemia nunca se hayan dirigido hacia la exigencia de algo, de un derecho adicional de movimiento o servicio, sino hacia la invocación de una libertad general frente a esta relación opresiva. Si bien en los últimos años la historia mundial parece haber dado giros inesperados, a veces descritos como aceleraciones, otras como vuelcos o cambios de un orden mundial anteriormente concebido como estable, no podemos olvidar que las tendencias de dominación son antiguas, algunas claras desde hace décadas. Para orientarnos en este caos, una importante figura intelectual como Carl Schmitt nos ofrece una sugerencia algo desprovista de ideología: la del paradigma amistad/enemigo, que en la última fase de su vida ya no ve solo en la relación entre Estados, sino en un panorama de conflicto civil global. En un espacio neutral de pura dominación en el que los derechos de ciudadanía o su ausencia, el estatus militar o civil, la discriminación moral o legal del adversario, no son más que fantasmas incorpóreos frente a la

universalidad de la tecnología y el aparato policial. La figura del enemigo, que antes era una nomenclatura que el Estado solo atribuía a ciertos grupos combatientes, está destinada a convertirse en algo general para el jurista alemán. En el transcurso de una generación, también hemos podido ver cómo ha sucedido esto, llegando incluso al ciudadano común, que podría verse identificado como un terrorista/enemigo absoluto incluso por solo dos líneas en las redes sociales. En los diagnósticos de época, este análisis no es ciertamente nuevo. Ha sido casi un tópico en algunas conferencias de las últimas dos décadas, ya sea en el análisis de la militarización del espacio urbano después de 2001 o en el llamado «derecho penal del enemigo». ¿Qué es, por tanto, lo que hoy no se ha oído? En primer lugar, la cuestión de que el enemigo es potencialmente cualquiera, no solo grupos específicos, dependiendo de las diversas emergencias que ahora no solo se suceden rápidamente, sino que se superponen y tienden a la entropía gubernamental (leyes contradictorias, conflictos normativos entre el gobierno central y los gobiernos

locales, el caos de la digitalización y la vida en línea con intentos de enmarcado legal, contradicciones evidentes entre las posibilidades de la vida real de las personas y los aparatos legales, la autonomía en la toma de decisiones de diversos órganos estatales). En segundo lugar, el hecho de que la población sea vista de diversas maneras como criminógena porque ya no existen organismos intermedios ni prácticas suaves de control y sujeción social, como el Estado del bienestar. Pero lo absolutamente inédito es que cada vez más personas poco conflictivas, o incluso nada conflictivas, son objeto de tales «acusaciones», como el caso de dos sindicalistas de Lille, que fueron investigados por terrorismo a raíz de una declaración a favor de Palestina. Si la mirada de los Estados hacia la ciudadanía, hacia el frente interno, se manifiesta ahora claramente como política-guerra, hay que tener en cuenta la otra cara de la moneda. La acumulación de esta relación, la de la confrontación civil, la guerra civil, no es unidireccional y tiende a activar circuitos de violencia mucho más amplios y anómicos. El agudizamiento de la lucha de to-

dos contra todos por las oportunidades de vida ya no se refiere a la lucha social, sino a conflictos cada vez más atroces entre personas en espacios de proximidad horizontal, como en algunos suburbios europeos. Algunos de los fenómenos de restitución de la guerra, como los mencionados al principio, pueden dirigirse a personas inconscientes y también a aquellas que, como nosotros, aunque conscientes, pueden verse obligadas a vigilar sus espaldas no solo de las fuerzas de la autoridad.

Walid Abu Shakra, *Sand storm*, 1978

# La megamáquina empapada en sangre

La respuesta militar del Estado de Israel a los acontecimientos del 7 de octubre está dejando al descubierto el resultado de un siglo de colonialismo en la tierra de Palestina. El proceso de sometimiento de los árabes nativos ha ido adquiriendo progresivamente la apariencia de un enorme experimento de ingeniería penitenciaria de alta tecnología. Una de las democracias capitalistas más avanzadas y desarrolladas del mundo se está convirtiendo en culpable de atrocidades anormales en un intento por aplastar definitivamente una resistencia que, a pesar de los ataques, las expulsiones, la angustia diaria y el apartheid, sigue siendo capaz de levantar la cabeza. A medida que la situación en Gaza se vuelve más dramática, con miles de muertos y cientos de miles de personas huyendo de un territorio casi completamente devastado, el conflicto

sigue extendiéndose. El eje de la resistencia, con el respaldo de todas las formaciones árabes que lo apoyan, está sometiendo a Estados Unidos a una presión cada vez mayor con ataques directos contra las bases estadounidenses en Irak y Siria y las rutas comerciales del Mar Rojo. El cuello de botella creado en el estrecho de Bab el-Mandeb no solo amenaza los intereses europeos, sino que también pone en serios apuros a la ya desastrosa economía de Egipto, con posibles repercusiones en todo el norte de África. La respuesta cada vez más contundente de Estados Unidos con bombardeos contra los llamados aliados tranianos y las posiciones de AnBár Alláh en Yemen abre, en consecuencia, escenarios que podrían tener desarrollos impredecibles. Todo ello encaja en el contexto más amplio del enfrentamiento global entre las grandes potencias por la supremacía militar y tecnológica, que comienza también con la guerra en Ucrania. En este marco, un aspecto que merece atención y que nos sitúa de inmediato en el centro del enfrentamiento es, sin duda, el creciente papel y peso militar de la Unión Europea, que sin ningún tipo

de decencia se hace explícito en la llamada «defensa de los valores de Occidente» y, por tanto, en perfecta continuidad con el genocidio del pueblo palestino. El intento de la UE en el actual ciclo de reestructuración es tener más peso en los escenarios internacionales en los que un retraso en la intervención directa podría significar el inicio de una profunda crisis económica y social. Si la participación de la UE como parte clave de la alianza atlántica parece cada vez más fuerte, también se multiplican las acciones individuales que apuntan a la autonomía política. En este contexto debe interpretarse la importante señal dada con la financiación de 50.000 millones de euros firmada a finales de enero por la UE en apoyo de Ucrania (con una adición de 5000 millones para el Fondo Europeo de Paz y el Fondo de Asistencia para la Adquisición de Armamento), precisamente en un momento en que la financiación exterior alcanza un mínimo histórico. En este sentido, cabe destacar el apoyo europeo a la operación Prosperity Guardian, liderada por Estados Unidos y el Reino Unido, y la intervención autónoma de Italia, Francia y

Alemania, a través de la misión Aspides, en el mar Rojo (que se suma a las misiones ya existentes). Al mismo tiempo, el papel cada vez más destacado de la UE en la OTAN se erige, sobre todo, como la fuerza motriz de un auténtico «Plan Marshall» de reestructuración tecnológica y militar del bloque occidental. Los días 17 y 18 de febrero de 2024, los líderes de las fuerzas armadas de la Alianza se reunieron en Bruselas para celebrar la reunión del Comité Militar de la OTAN. El tema candente: cómo acelerar el proceso de transformación de las estrategias y las «capacidades de combate» y cómo garantizar la aplicación inmediata de los nuevos «planes de defensa» aprobados en la cumbre de Vilna el verano pasado. Estas son las palabras del subsecretario del comité, el almirante holandés Rob Bauer: «Nunca antes los planes de defensa de la OTAN y de los países miembros habían estado tan estrechamente interrelacionados [...]. Contienen los requisitos de estructura de fuerzas, por los que se ha seleccionado el número y los tipos de equipos y sistemas de armas necesarios en todas las regiones geográficas y ámbitos». En el ám-

bito militar, los nuevos planes de defensa requieren más personal, más actividades de entrenamiento y ejercicios, más arsenales y capacidades operativas, y más programas de inversión en defensa». En cambio, esta es la declaración de Chris Badia, comandante supremo adjunto del Mando Aliado de Transformación (ACT), el comando con sede en Virginia encargado de dirigir los procesos de transformación estratégica de la OTAN: «Dado que la guerra del mañana será aún más compleja desde la perspectiva de múltiples ámbitos, debemos ser aún más rápidos en todos los aspectos y mejores que nuestros adversarios [...]. Lo conseguiremos mediante operaciones multidominio integradas, llevando a cabo así un conflicto sin fisuras en los ámbitos naval, terrestre y aéreo. Pero junto a estos ámbitos clásicos hay dos nuevos: el cibernético y el espacial». Y en lo que respecta al sector espacial y cibernético, el general Chris Badia explicó que la OTAN pretende aumentar la cooperación con actores no militares: «En particular, en el sector espacial hay varias infraestructuras civiles. No es necesario duplicar todo en este campo,

sino que, por el contrario, es mejor avanzar hacia la ampliación y la transformación conjuntas». ¿Cómo podemos cooperar con el mundo civil y encontrar todas estas sinergias? Sincronizando y haciendo converger, por ejemplo, a los actores militares y no militares [...] para lograr su integración». Las declaraciones de este tipo no son nuevas, ya que la actualización y la transformación tecnológicas constituyen dos aspectos fundamentales de la disuasión militar y, especialmente en el ámbito cibernético, estos programas se han solapado continuamente desde la Primera Guerra Mundial. Hoy en día, sin embargo, los medios de modernización e innovación están experimentando una aceleración sin precedentes gracias al impulso de la investigación cuántica y de inteligencia artificial. «Las tecnologías cuánticas están a punto de revolucionar el mundo de la innovación y pueden cambiar las reglas del juego de la seguridad, incluidas las de la guerra moderna», explica la dirección de la OTAN. «Por eso, la cuántica es una de las áreas tecnológicas que la Alianza ha priorizado debido a sus implicaciones para la defensa y la se-

guridad. Incluye la inteligencia artificial, la recopilación y el procesamiento de datos, la automatización, la biotecnología y las mejoras humanas». Esta carrera por modernizar los sistemas armamentísticos está estrechamente relacionada, a través de la investigación científica, con las actividades de las principales instituciones académicas, organismos y empresas, tanto públicas como privadas, europeas e internacionales, y goza de un discreto apoyo público.

En este sentido, la retórica asociada al mejoramiento humano, también llamado aumento humano, es particularmente eficaz: a través de la promesa indefinida e infinita de mejora y progreso, nos familiarizamos con esa deshumanización del ser humano que luego se materializa en el campo de batalla. El mismo concepto se aplica en última instancia al mundo de los juegos de guerra, un término ampliamente utilizado en el ámbito militar para definir el software que crea escenarios de guerra virtuales, pero que se desarrolla principalmente en el entorno de los juegos comerciales. Tal es el caso de la empresa Slitherine, con sede en Milán, que con Command

Modern Operations, un simulador militar universal capaz de replicar con detalle todos los aspectos tanto de la logística como de la guerra, se ha disparado en el mercado mundial en este campo. Según admite su director general, «el gran avance» se produjo con el uso masivo de sus «juegos» durante los distintos confinamientos a lo largo de la pandemia. Hoy en día, la edición profesional de Command se utiliza en 23 países diferentes y por más de 150 entidades, entre las que se encuentran la Fuerza Aérea, la Armada y el Cuerpo de Marines de los Estados Unidos, el Laboratorio de Ciencia y Tecnología de Defensa del Reino Unido y la Luftwaffe, así como contratistas como Boeing, Bae y Lockheed Martin. La revista «Wired» informa al respecto: «Lo que Ralph Chatman, miembro sénior del Departamento de Ciencia de Defensa de EE. UU. a principios de la década de 2000, afirmó: «Los juegos virtuales no te enseñan a caminar entre la hierba alta, pero sí te enseñan en qué pensar cuando caminas entre la hierba alta, y eso es una gran ventaja cuando te encuentras realmente entre la hierba alta». Aunque parezca trivial, esta

reflexión confirma que el sustituto electrónico no es pura ficción, sino telos, praxis y ethos, fin, acto y ética. Es bien sabido que la simulación es un entorno de entrenamiento estratégico. Lo que es menos conocido es que ahora es una parte fundamental del desarrollo de la inteligencia artificial y el aprendizaje automático. De hecho, estos programas juegan contra sí mismos y contra expertos militares de la vida real, aprendiendo por sí mismos a implementar las mejores estrategias para aplicar en escenarios del mundo real. No es casualidad que las potentes «máquinas computacionales» que hacen posibles las aplicaciones de IA utilicen las famosas GPU (unidades de procesamiento gráfico: procesadores gráficos ultrapotentes, también desarrollados en el ámbito de los videojuegos y objeto de guerras comerciales desde hace años) en lugar de las CPU (unidades centrales de procesamiento) normales. Podemos ver los resultados de estos juegos de guerra aplicados directamente en Gaza, con sistemas de localización de objetivos como Gospel, utilizado por el ejército israelí para producir objetivos a los que disparar en muy

poco tiempo.

Esta loca carrera por la supremacía en la velocidad de transmisión de datos se puede encontrar tanto en el campo del H.A. (Human Augmentation, o aumento humano), tanto en el estilo eufórico de los anuncios de Elon Musk (con Neuralink), como en los estudios mucho más preocupantes de organizaciones de investigación como la RAND Corporation. Mientras que en el primer caso la retórica se centra en la posibilidad de tratar ciertas enfermedades, en el segundo la interfaz hombre-máquina «podría servir como medio de comunicación ultrarrápida durante operaciones militares». El estudio «Plagas, cíborgs y supersoldados. El dominio humano de la guerra», publicado por RAND el 2 de enero, afirma, entre otras cosas, que «la ingeniería genética será un campo de absoluta importancia en la estrategia de la guerra futura [...] y para la creación de supersoldados, también mediante modificaciones genéticas que mejorarían las capacidades físicas y psicológicas de los individuos». Esta imagen parcial en el campo de la innovación técnica de la maquinaria militar ya

es suficiente para esbozar algunos aspectos básicos de las guerras actuales, incluido el actual enfrentamiento en Palestina. Las políticas de los Estados nacionales se agrupan en dinámicas muy similares a las que precedieron a las grandes guerras del siglo pasado: movilizar a la sociedad civil para que se adhiera ideal y físicamente a los preceptos del bloque de referencia (en nuestro caso, la retórica de los valores de la democracia occidental liderada por la OTAN) y a los grandes planes de reestructuración. Pero en esta etapa es urgente comprender los elementos de discontinuidad con el pasado. El impacto sin precedentes que las nuevas tecnologías y las relaciones de producción contemporáneas parecen tener en el grado de alienación de las masas se manifiesta en una dificultad sustancial para convertir la oposición y el descontento generalizados, aunque todavía etéreos, en actos concretos que puedan reconstruir una perspectiva revolucionaria. A la dificultad de concretar tanto las formas de ataque como la construcción de la alteridad en comparación con el sistema dominante, se suma hoy en día el poderoso papel que desempeñan las

tecnologías, especialmente las tecnologías de la información, en la sublimación de instancias que, de otro modo, estallarían en toda su materialidad. Este proceso de sublimación se está produciendo ahora en todos los niveles de la vida de los individuos y, a menos que se descarrile, verá rápidamente la desaparición de la actividad humana tal y como la conocemos (a través de la inteligencia artificial, la ingeniería cuántica y la ingeniería genética). Está en juego ese saber hacer, nunca tan amenazado como hoy, que requiere toda nuestra fisicidad. El poder está mostrando, una vez más y como en innumerables ocasiones anteriores, su verdadero rostro (por desgracia, también gracias a Telegram) y lo que anteayer eran amenazas son ahora agresiones reales tanto en el frente interno como en el externo. En este conflicto que se está desarrollando, la gran variable sigue siendo el grado de implicación interna de las masas en los procesos de producción que dan lugar a la guerra, donde los medios de producción coinciden con los medios de destrucción. A tal nivel de alienación, en el que ni siquiera un genocidio retransmi-

tido en directo conmueve la conciencia, se suma la voluntad de poder de los Estados con sus dispositivos mortíferos. Al fin y al cabo, la artificialización de la vida consiste precisamente en esto: la sustitución del entorno natural y la acción humana por algo programable y domesticado. Debemos recordarlo siempre: la gestión técnica de la catástrofe favorece esta sustitución, que es el único ancla de salvación para los asesinos de uniforme. El clamor de Gaza y Palestina nos lo está diciendo. Todavía hay una humanidad que, a pesar del altísimo precio que paga, no se rinde. La forma de resistencia palestina es peculiar, en la que intervienen factores sociales y culturales muy complejos. Formas de lucha que a veces se alejan de las nuestras, ya que están corroboradas por creencias religiosas, permeables a los juegos de poder internos y externos, pero que, al fin y al cabo, siguen representando uno de los últimos frentes de lucha directamente anticolonial[13]. Este frente no consis-

13 Si ser «uno de los últimos frentes de la lucha anticolonial directa» es un argumento, es un argumento dudoso, por decir lo menos, y nos deja perplejos: ¿a dónde nos llevaría si aplicáramos este estatus especial de «últimos frentes de lucha» a otros terrenos de lucha? ¿En qué sen-

te solo en oposición militar. Este frente es uno de los últimos bastiones de ese apego a la tierra entendida como un lugar inseparable de la vida y la cultura. Tierra con la que existe una relación de intercambio equitativo, donde el gesto sigue teniendo un valor directo de causa y efecto. Sin este apego (diametralmente opuesto al apego artificial sionista[14]), el pueblo palestino ya habría sido expulsado. Como internacionalistas anarquistas, tenemos una enorme responsabilidad en este momento. Los temas históricos que agitaron las revoluciones del pasado se cristalizan ante nuestros ojos, sin resolver, en forma de una nueva pesadilla científica totalizadora. Lo que juega a nuestro favor no es poca cosa: cuanto más compleja se vuelve la máquina, más

tido el «contenido» o los métodos de una lucha serían mejores o peores por ser el «último frente de lucha» o, por el contrario, por ser uno entre cientos? [Nota edición francesa]

14 Aunque no podemos hablar de un apego «terrenal», dado que se basa en «fábulas» (como las historias del Antiguo Testamento y otros textos sagrados), el apego sionista a la tierra de Israel nos parece lejos de ser artificial, entendido como «construido de la nada». Se trata de un vínculo mesiánico, impregnado de religiosidad, entre la recuperación, la mirada al pasado y la realización gradual de una profecía por venir. [Nota edición francesa]

frágil se vuelve; cuanto más omnipresente se vuelve, más se expone con mil ganglios esparcidos por todo el territorio. Cuanto más se manifiesta la barbarie, más las razones de quienes se oponen a ella alimentarán las posibilidades de su sabotaje.

Mustafa El Hallaj, *Untitled*, 1977

# Estrategias mediáticas de dominación y Palestina

En tiempos de guerra, controlar los corazones y las mentes de la población es de vital importancia para quienes están en el poder. Los medios de comunicación tienen la función de crear consenso y están firmemente en manos del sistema dominante. A pesar de ello, es interesante observar que existe una creciente desconfianza hacia los medios oficiales. Esta desconfianza está relacionada con una evidente desconexión entre una parte de la opinión pública y las decisiones tomadas por los gobiernos de los países capitalistas occidentales con respecto a las graves crisis internacionales recientes: la epidemia del SARS-CoV-2, la guerra entre Rusia y Ucrania y el conflicto en Oriente Medio. Para hacer frente a la epidemia del SARS-CoV-2, se declaró el

estado de emergencia sanitaria, lo que condujo a una gestión militar en toda regla de la pandemia. El poder pudo experimentar con el control y la manipulación masivos, explotando el miedo a la muerte y a la enfermedad. Los medios de comunicación implementaron una verdadera propaganda de guerra, y quienes no se sometieron a la narrativa dominante fueron señalados como enemigos, ridiculizados y criminalizados. El dispositivo de emergencia también se aplicó a la guerra entre Rusia y Ucrania, cuyo resultado era fácilmente previsible desde el principio: Ucrania quedaría devastada, toda Europa se vería afectada y la humanidad se vería expuesta al riesgo de un conflicto nuclear mundial. La clase política europea no solo rechazó la vía de la mediación diplomática, sino que, por el contrario, sacrificó a los ucranianos armándolos y financiándolos para que llevaran a cabo acciones suicidas al servicio de los intereses capitalistas internacionales. Para garantizar estos intereses, la descripción que hacen los medios de comunicación de la guerra en Ucrania es pura ficción. No solo porque los fragmentos de la historia son

falsos -por ejemplo, se han hecho pasar secuencias de videojuegos por escenas reales, se han utilizado imágenes que documentan episodios completamente diferentes y se han inventado numerosas noticias de la nada-, sino porque se ha falsificado por completo el sentido general de este trágico acontecimiento, con el objetivo de influir en una opinión pública mayoritariamente europea que se opone a las aventuras militares en su propio continente.

Los medios de comunicación desacreditaron y censuraron todas las voces críticas, incluidas las de los intelectuales liberales, para inducir una elección de bando según la dicotomía amigo-enemigo: o estás con la dolorosa pero necesaria guerra del mundo libre y democrático, o eres prorruso, putinista. En la guerra contra los palestinos, Israel y su bloque occidental tienen de su lado a la mayoría de los medios de comunicación internacionales, cuya función es deslegitimar la acción del 7 de octubre de la resistencia palestina, justificar la operación militar y el genocidio de los palestinos, ocultar y criminalizar la movilización internacional en apoyo del pueblo palesti-

no y, finalmente, justificar la prolongación del conflicto. Los medios de comunicación utilizan sistemáticamente un doble rasero a la hora de describir y comentar las acciones de los occidentales y de aquellos que son considerados enemigos. Por ejemplo, si se invirtieran los papeles, el bloqueo naval impuesto por Ansár Alláh (los llamados hutíes) en el mar Rojo no se describiría como una acción terrorista, sino como una intervención humanitaria conforme al derecho internacional. La propaganda bélica, es decir, la narración de los acontecimientos a favor del propio bando, se remonta a la antigüedad, desde Homero hasta De Bello Gallico de Julio César, y llega hasta el uso de la inteligencia artificial para crear realidades paralelas.

El papel de la prensa en la promoción de las decisiones belicistas de los gobiernos siempre ha sido de suma importancia, basta pensar en Benito Mussolini, editor del *Popolo d'Italia*, cuyo intervencionismo empujó a Italia a participar en la Gran Guerra. Durante el conflicto de Vietnam, la libertad de acción concedida a los periodistas occidentales permitió al público en general

conocer al menos parte de la realidad de la guerra, lo que socavó el frente interno y contribuyó al surgimiento de movimientos de lucha que influyeron en la derrota de Estados Unidos. Posteriormente, las estrategias militares para controlar la información evolucionaron y, con la intervención militar en Irak en 1991, el ejército estadounidense impuso el modelo de periodismo integrado, es decir, sometido e incorporado a la maquinaria bélica. Actualmente, el gobierno israelí impide a los periodistas circular libremente por las zonas de guerra. Como admite «Repubblica», para poder entrar en la Franja de Gaza, los periódicos deben incorporarse al ejército israelí y cumplir un protocolo que, según el consejo editorial del periódico, aplica una censura militar más que política. Pero, evidentemente, Raffaele Oriani, colaborador de «Venerdi» de «Repubblica», no debió sentirse tranquilo con la imparcialidad que garantiza este protocolo, hasta tal punto que dimitió tras doce años, declarando que «esta masacre cuenta con un guardaespaldas mediático que la hace posible. Esa escolta somos nosotros». Si comparamos

las estrategias mediáticas utilizadas por el poder para construir la narrativa de los dos escenarios bélicos (Ucrania y Palestina), se observa que las técnicas de manipulación son las mismas. Descontextualización: la acción de resistencia palestina del 7 de octubre se relata como una agresión terrorista aislada del contexto y la historia. Omitir el hecho de que durante años Israel ha estado atacando militarmente a civiles, causando miles de víctimas y llevando a cabo un proceso de limpieza étnica, es una elección deliberada destinada a atribuir la responsabilidad del conflicto a los palestinos.

Históricamente, las acciones militares israelíes siempre se describen como una «respuesta» a un ataque enemigo. Según la propaganda sionista, los palestinos han sido los que han provocado la guerra desde 1947, es decir, desde la decisión de los líderes palestinos de boicotear la Resolución 181 de la ONU. Una decisión que preveía la partición del territorio entre dos entidades políticas y mediante la cual, de facto, la comunidad internacional legitimó el proyecto colonialista del sionismo. Del mismo modo, la invasión de Ucrania por parte del

ejército de la Federación Rusa se describe como el inicio de la guerra a manos del raptus expansionista de Putin, mientras que la desestabilización de la región llevada a cabo por el frente de la OTAN para ampliar su área de influencia ha estado en marcha desde al menos 2014, con el Euromaidán y el bombardeo del Donbás y otras regiones de habla rusa. Falsificación: se utilizan episodios controvertidos para apoyar la propaganda. Se fabrican noticias sin fuentes seguras y, con frecuencia, se desmienten tan pronto como su uso instrumental deja de ser indispensable. Por ejemplo, los medios occidentales atribuyeron inicialmente la explosión del gasoducto Nord Stream a Rusia, a pesar de que Biden había declarado abiertamente que «si Rusia invade, no habrá Nord Stream 2». Más tarde, dado que la tesis del autosabotaje carecía de credibilidad y para eximir a la OTAN de la responsabilidad de haber destruido una infraestructura estratégica para Europa, los medios difundieron la hipótesis de que las responsables eran unas «fuerzas ucranianas» no especificadas. Del mismo modo, el ataque militar del 7 de

octubre, inmediatamente posterior, solo se informó como una masacre indiscriminada de civiles, mientras que, según fuentes posteriores y más precisas, más de la mitad de las víctimas eran soldados y policías, y algunos de los civiles murieron por los bombardeos del ejército israelí, en cumplimiento del conocido «protocolo Hannibal». Además, hay que tener en cuenta que las colonias son asentamientos militares, que los colonos están armados y participan activamente en la ocupación de los territorios y la expulsión de los nativos. Narrativa emotiva: Los medios de comunicación se centran en las atrocidades supuestamente cometidas por los resistentes palestinos (decapitaciones de niños y violencia sexual contra las mujeres), siguiendo la propaganda israelí sin informar de las negativas de la otra parte, ocultando las atrocidades perpetradas sistemáticamente durante décadas por el ejército, la policía israelí y los colonos. El objetivo es llevar a las poblaciones a ponerse instantánea y emocionalmente del lado de los sionistas. Así, la violencia se presenta como un arma ilegítima solo para los enemigos de Occidente, mientras

se niega que en el corazón de todo proceso colonial se encuentra la violencia, y que el hombre colonizado solo puede liberarse en y a través de la violencia que define el sistema opresivo en el que vive. Personalización: se nos cuentan las biografías de los pocos rehenes israelíes para que nos identifiquemos con ellos, mientras que los miles de palestinos muertos y rehenes retenidos en prisiones israelíes son una masa informe y sin rostro, oculta tras el término «efectos secundarios». Del mismo modo, las noticias sobre las víctimas de las regiones consideradas prorrusas son escasas, mientras que abundan las narrativas sobre las víctimas ucranianas, y cuando se trata de soldados neonazis, a menudo se les ensalza como héroes que murieron por la libertad. Los belicistas aplican una de las peores palancas del consenso: la deshumanización del enemigo, que siempre ha servido para justificar las masacres más infames. Los árabes y los eslavos siguen siendo descritos con lenguaje zoológico, como seres inferiores y subhumanos, según la peor retórica racista y nazi.

## Los medios de comunicación como agentes de la contrainsurgencia preventiva

En apoyo a la población palestina, se ha activado un gran movimiento de solidaridad internacional, una verdadera espina clavada para el Estado israelí y el bloque de países que lo apoyan. Puntualmente, los medios de comunicación intentaron desbaratar este movimiento, nuevamente con una estrategia que se desarrolló en varias etapas. Inicialmente, se acusó a los manifestantes de apoyar el terrorismo. Posteriormente, cualquiera que apoyara a los palestinos o criticara las acciones del Estado israelí se convertía en antisemita. El antisemitismo se instrumentaliza así, y no es casualidad que cuando los medios de comunicación cuentan el número de acciones antisemitas, pongan en el mismo saco las acciones realmente racistas y las iniciativas y acciones críticas con el gobierno israelí. Esto ha llevado a la paradoja de acusar de antisemitismo a los judíos antisionistas, quienes, al manifestarse en todo el mundo en solidaridad con el pueblo palestino, dejan claro que atacar al gobierno de Netanyahu y el antisemitismo no son sinónimos.

Pero la última tendencia en la manipulación mediática es hacer creer a la gente que el bloque capitalista occidental se desvincula de la violencia del gobierno israelí y busca una mediación pacífica. Esta narrativa contradice la realidad de los hechos: los países occidentales envían fondos, armas y flotas para apoyar a Israel, advierten a los países vecinos que no intervengan y se oponen a las resoluciones que condenan a Israel en las instituciones internacionales. Evidentemente, las operaciones militares israelíes se acuerdan y comparten con Estados Unidos y la Unión Europea. La propaganda en este caso sirve para eximir a los occidentales de la corresponsabilidad en los crímenes israelíes. Los gobiernos occidentales podrían intervenir para detener el genocidio en Gaza y, en cambio, alimentan la expansión del conflicto hacia una guerra regional. Al mismo tiempo, los medios de comunicación tratan de minimizar y normalizar la guerra para acostumbrar a la opinión pública a la situación y sofocar los movimientos de protesta.

## La guerra contra la verdad y los límites de la comunicación telemática

La guerra contra la verdad que libra el régimen sionista no es solo ideológica, sino también material: más de un centenar de periodistas han sido asesinados por las Fuerzas de Defensa de Israel en Gaza, muchos de ellos como resultado de ataques selectivos con drones o misiles guiados. En el resto de Israel, periodistas no alineados han sufrido decenas de arrestos y detenciones administrativas. El gobierno israelí ha intentado así obtener el monopolio de la información, pero no lo está consiguiendo gracias a la fuerza de la resistencia y al coraje y sacrificio de muchos activistas. Los principales medios de comunicación pertenecen a los grandes grupos financieros e industriales o a los gobiernos, los periodistas occidentales están formados dentro de los paradigmas dominantes del capitalismo neoliberal, y ya ni siquiera se necesita el fuerte instrumento de la censura para guiarlos. Algunas descripciones veraces permanecen en países donde cierta deontología profesional se resiste, como Estados Unidos o Francia, pero cierta-

mente no en Italia, donde la falsificación de la realidad es tan flagrante que parte de la población ha dejado de creer en ella. Así lo demuestran el colapso de los índices de audiencia de los noticieros televisivos y las ventas cada vez más bajas de los periódicos nacionales. No es casualidad que esta tendencia se haya intensificado en los años posteriores al manejo mediático de la epidemia de Covid. Ciertamente, hay una parte sustancial de la población que se adhiere ideológicamente al sistema y otra parte que está políticamente desinteresada y despojada del deseo de conocimiento y de las facultades cognitivas. Pero también hay otra parte sustancial que no confía en el sistema y cree que lo que se le dice es falso. El hecho de que exista una creciente desconfianza en el sistema dominante es un elemento positivo, pero hay que reconocer que, por ahora, este escepticismo parece actuar solo en el nivel de la conciencia de los excluidos, que están empezando a romper algunos de los lazos que los unían a la sociedad, incluido, precisamente, el del reconocimiento en el sistema mediático-espectacular de dominación. Por otro lado,

los canales de información alternativos tienen cada vez más seguidores, lo que denota un deseo de lo que antes se habría llamado contrainformación, y este es un hecho que hay que asumir independientemente de la calidad del contenido y la orientación política de los distintos blogs, canales de Telegram, etcétera.

Internet es el lugar donde se propagan estas diferentes fuentes debido a su facilidad de uso, su infinito potencial de difusión y sus costos, que son decididamente bajos en comparación con las herramientas tradicionales de contrainformación (prensa y radio). Pero si el espacio virtual parece redefinir el sistema mediático al dar cierta ilusión de descentralización, esto parece cada vez más alejado de la promesa de libertad que los teólogos de la web, tanto de izquierda como de derecha, solían dar por sentada. A través del oligopolio de las empresas propietarias de la infraestructura de la red, el sistema capitalista ha otorgado una aparente fluidez a la comunicación telemática solo para facilitar su crecimiento y expansión global. Pero en estos tiempos de guerra, la tendencia se está invirtiendo:

ahora las herramientas de comunicación no alineadas son víctimas del control y la represión policial, son censuradas o señaladas como difusoras de noticias falsas. Después de todo, «sin alguna forma de censura, la propaganda en el sentido estricto de la palabra es imposible». Algunos ejemplos de esta represión censora son la caza de las llamadas «noticias falsas» durante la pandemia de Covid, el cierre de los canales rusos tras la guerra con Ucrania y el cierre de las redes de Internet en Gaza. Incluso en nuestras latitudes, hemos experimentado cómo las herramientas de comunicación telemática no son tan libres como parecen: basta con publicar un mensaje en apoyo a Palestina para que tu perfil social sea ocultado o para que la DIGOS [departamentos policiales que se ocupan de delitos políticos], se presente en tu casa, como le sucedió a un refugiado argelino aquí en Italia. Con la escalada de los conflictos militares y el deseable aumento de los conflictos sociales, la verdadera naturaleza de la web solo hará más que aflorar.

El sistema de comunicación telemática tiene limitaciones intrínsecas que no se

adaptan bien a las necesidades de quienes desean combatir un dominio cada vez más omnipresente: las estructuras físicas que lo hacen funcionar están muy centralizadas y firmemente en manos del complejo militar-industrial, consumen mucha energía y, en caso de revolución, no se dispondría de los conocimientos técnicos necesarios para gestionarlas; las plataformas son propiedad de particulares que pueden excluir a su antojo los contenidos con los que no están de acuerdo, y la dictadura del algoritmo promueve automáticamente los contenidos favorables al sistema, bloqueando los contenidos antagónicos; además, estas herramientas son siempre duales, es decir, permiten la comunicación, pero también sirven a la policía para controlar y reprimir a los subversivos. Los prodromos de la represión contra la libertad de expresión pueden identificarse recordando los allanamientos de morada que sufrieron varias personas durante la Covid, culpables de escribir mensajes disidentes en las redes sociales. En cuanto al ámbito más estrictamente militante, la represión contra aquellos componentes del movimiento anarquista que

han mantenido un conflicto activo contra el Estado y el capital en las últimas décadas es una prueba de fuego de las evoluciones en curso. A la cabeza de esta tendencia se encuentra el uso del régimen penitenciario 41 bis, una auténtica prisión de guerra reservada a los enemigos del Estado. En este régimen se impide cualquier tipo de comunicación externa-interna, y los presos revolucionarios ya no pueden comunicarse con el mundo exterior. Como ejemplo, citamos la declaración realizada por el anarquista Alfredo Cospito ante el tribunal de vigilancia de Sassari el 20 de octubre de 2022. Ese documento político fue censurado y aún no puede difundirse, ni se ha difundido. Otros ejemplos de censura se refieren al uso cada vez mayor de la acusación de «incitación a cometer delitos», a veces con la circunstancia agravante de fines terroristas, las solicitudes de detención por hablar en mítines y la aplicación de medidas cautelares por escribir artículos. Algunas investigaciones judiciales recientes contra anarquistas (Scripta Manent, Sibilla, Diana, Scripta Scelera) también han tenido que ver, o principalmente, con la publicación

de periódicos y la gestión de sitios web, y también se han producido incautaciones de publicaciones, así como la incautación de una imprenta comercial y el cierre de sitios web. Occidente está cada vez más dominado por políticas de emergencia y las democracias están evolucionando hacia modelos de gobierno cada vez más autoritarios. Nos espera un futuro próximo de censura y manipulación. En lo que respecta a esta última, la introducción de la inteligencia artificial -una nueva y sofisticada herramienta para manipular la realidad- plantea nuevos y preocupantes escenarios. Si los anarquistas y comunistas lograron publicar sus periódicos incluso durante los regímenes totalitarios recurriendo a la clandestinidad, ¿cómo actuaremos dentro de un sistema de comunicación cada vez más rehén de tecnologías cuyo acceso no es libre, sino rehén de la voluntad de las empresas y los gobiernos? Estamos convencidos de que la deriva autoritaria, de la que son expresiones la censura y la propaganda bélica, representa un signo de crisis y debilidad del dominio capitalista que favorecerá la ruptura entre los excluidos y el siste-

ma, como ya está ocurriendo tímidamente. Si la palabra vuelve a infundir miedo hoy en día, es porque encuentra oídos dispuestos a escucharla.

Mustafa El Hallaj, *Untitled*, 1968

# Carnicería en Palestina:
## *La razón de los Estados contra la humanidad*

"¡Estas personas no son como nosotros! ¡Son un pueblo de salvajes! ¡Se lo merecen! ¡Lo único que conocen es la violencia! ¡No importa la edad que tengan, los niños no son más que asesinos en potencia! ¡Son semillas del terrorismo! Si los enterramos vivos bajo una lluvia de bombas, ¡es culpa suya! ¡Son las leyes de la guerra! No tenemos otra opción, ¡es una guerra de civilizaciones!" Desde el 7 de octubre, ¿cuántas veces hemos encendido la radio o la televisión y hemos escuchado este tipo de monstruosidades que, con el fin de justificar la masacre que se está produciendo ante nuestros ojos, pretenden deshumanizar a una parte de la humanidad, al igual que cualquier propaganda genocida? El derecho a defenderse significa el derecho a

exterminar a decenas de miles de civiles, a matar de hambre a millones, a arrasar sistemáticamente sus hogares y hospitales. Porque estos civiles no son realmente civiles, porque son sospechosos de terrorismo por naturaleza, independientemente de su edad, de su condición, porque son un pueblo atrasado. Significa que la responsabilidad colectiva los une y permite cualquier forma de castigo colectivo, incluso la pena de muerte, que también es colectiva. Significa que está permitido matar a los niños si nacen entre las personas equivocadas, porque son inherentemente culpables. Porque no son realmente humanos y, por lo tanto, no son realmente niños. ¡Porque son «animales» chivos expiatorios que deben ser inmolados en el altar de la razón de Estado! ¡Alguien tiene que pagar! Significa que al menos hay pueblos, algunos de ellos elegidos, a los que Dios prometió una tierra, otros malditos e ingratos. Tan ingratos por las pocas migajas que les quedaron de la misma tierra de la que fueron expulsados que merecen ser bombardeados sin piedad. Significa que hay pueblos, algunos de los cuales son necesariamente víctimas, y

otros que son necesariamente culpables, o como mínimo responsables de las faltas de quienes los gobiernan. Significa que tienen derechos diferenciados e incluso un nivel diferenciado de humanidad. ¡Efectivamente, hay un problema de humanidad! ¡O más bien, de inhumanidad!

Una ideología que corrompe las mentes de quienes acaban pensando que el exterminio sistemático de una parte de la humanidad podría estar justificado. Un reflejo de este mundo de Estados policiales, moralizantes y respetuosos con el Estado de derecho que, con sus medios de comunicación y sus representantes electos, son capaces de intentar legitimar una matanza masiva de decenas de miles de civiles que se anuncia, se documenta e incluso se reivindica. Una masacre en directo basada en una división de la humanidad entre pueblos, que podían ser castigados según se les clasificara como buenos o malos, responsables o no de las atrocidades de sus líderes. ¿Y por qué un gobierno de extrema derecha debería limitar el exterminio de civiles cuando Estados Unidos, el más poderoso de los Estados de derecho, le garantiza su

apoyo incondicional? ¡Incondicional hasta el punto de reabastecerlo de bombas cuando sea necesario y utilizar su poder de veto para bloquear cualquier resolución débil que pueda limitar la carnicería! ¿Por qué debería una potencia notoriamente racista frenar sus operaciones de limpieza étnica cuando tantos Estados de derecho la respaldan, ya sea con críticas de boquilla o prefiriendo mirar hacia otro lado? ¿Por qué debería Netanyahu dudar en atacar sistemáticamente hospitales cuando el doblepensar dictado por la propaganda mediática permite presentar estas masacres como algo distinto al terrorismo? Porque para la ideología que divide a la humanidad en categorías artificiales rivales, el que un acto sea terrorismo no viene determinado por si planea masacres dirigidas contra civiles -en lugar de contra sus autoridades-, sino por las identidades atribuidas a las víctimas y a los asesinos. Los asesinatos en masa cometidos por un gobierno pueden ser equiparados por sus partidarios con «las leyes de la guerra», «daños colaterales» o, como mucho, una «respuesta desproporcionada» y, en el límite extremo, un «error», pero

nunca «terrorismo». Por otro lado, el término se aplica a menudo a las víctimas civiles para justificar la matanza. La distancia, ya sea física, nacional, cultural o política, se convierte en una falta. La proximidad, una virtud. La estrategia de dividir al proletariado, que permite a los Estados ocultar los antagonismos reales vinculados a la explotación social, puede ser antigua, pero sigue estando a la orden del día. Esta hipocresía no es nada nuevo, ya que los Estados de derecho llevan mucho tiempo practicando el terrorismo a gran escala. Prueba de ello, si fuera necesaria, son Hiroshima y Nagasaki, donde Estados Unidos, para afirmar su omnipotencia atómica, no dudó en sacrificar a más de 200.000 civiles bajo el fuego nuclear, cuyo único delito fue haber nacido japoneses y que, por lo tanto, fueron condenados a pagar con sus vidas las atrocidades de sus líderes. Es cierto que la vida de las poblaciones, sean quienes sean, nunca ha sido una preocupación importante para todos los Estados. No solo los regímenes ultraautoritarios, sino también las democracias de mercado que, tras la fachada de su universalismo, deforman la realidad

para expresar una indignación unidireccional que traiciona los intereses políticos y económicos. El cinismo descarado de estos Estados explica en parte por qué la cuestión palestina moviliza a mucha más gente que otras masacres lejanas, como las de Darfur, donde las víctimas civiles se cuentan por cientos de miles. Su hipocresía no es sorprendente, pero amplifica la ira diez veces más y pone de manifiesto vulnerabilidades que no existen en los Estados abiertamente autoritarios. Sin embargo, lo que sí nos puede sorprender es lo que ocurre en las manifestaciones a favor de Gaza o en el nicho militante de las redes sociales. Hay reacciones que sugieren un paralelismo con este «doble rasero» basado en la identidad. A veces existe una tendencia a distorsionar los hechos en todas las direcciones para evitar condenar explícitamente otras masacres, como las de civiles organizadas por los líderes militares de Hamás, en las que cientos de personas fueron asesinadas a tiros simplemente por ser consideradas judías. Dado que los niños israelíes no pueden ser considerados en modo alguno responsables de las numerosas atrocidades

cometidas por el gobierno de Netanyahu, el mero hecho de que fueran objeto de secuestros o asesinatos demuestra que este acto estaba dirigido contra seres humanos, no por su complicidad directa con el apartheid israelí, sino por su pertenencia a un grupo étnico. También en este caso, niños y otros civiles han sido asesinados deliberadamente por su origen étnico por una estructura estatal cuyos cálculos políticos no tienen en cuenta la vida humana, ya sea de extranjeros o de sus súbditos. Una vez más, a veces oímos decir «se lo merecían», con el añadido de una cínica equiparación entre las autoridades y los gobernados.

Algunas de las reflexiones de los esencialistas de izquierda sobre la indignación. Es como si para ellos el asesinato en masa y la toma de rehenes de personas comunes y corrientes por motivos de diferenciación étnica pudiera, según el caso, interpretarse como algo distinto a un acto de brutalidad fascista. Lo que plantea la pregunta: ¿no son muchos de estos «izquierdistas» en realidad reaccionarios? Uno se pregunta si la ideología liberal que divide a la humanidad en identidades rivales no podría llevar

a los militantes a mostrar una indiferencia, una distorsión desarrollada en una versión «izquierdista», solo que con deshumanización racista... un «alguien tiene que pagar» diferente... una jerarquía diferente. Uno se pregunta si la tendencia a pensar en términos de «responsabilidad colectiva» y luego «castigo colectivo», siguiendo el ejemplo de la extrema derecha, no podría estar ganando adeptos. Sin embargo, un mínimo de coherencia revolucionaria exige que denunciemos enérgicamente el racismo en todas sus formas, sin la más mínima ambigüedad y sin la más mínima excepción. No solo porque no podemos esperar subvertir el mundo sin luchar contra las ideas que racializan a los seres humanos, sino también porque cualquier enfoque reaccionario de esta cuestión favorece la propaganda nacionalista, especialmente la versión israelí, que está más que dispuesta a confundir el antisionismo con el antisemitismo. Una vez más, en estas manifestaciones, se tiende a pensar que la masacre del 7 de octubre es solo un detalle, un «detalle de la historia», dada la magnitud de la masacre en curso... Es cierto que la multiplicación de las atro-

cidades planeadas por las Fuerzas de Defensa de Israel forma parte de una lógica genocida, y es cierto que «las relaciones sociales en la región son producto de la situación colonial», pero esto no legitima todo y cualquier cosa, y una masacre de civiles sigue siendo una abominación que lleva el sello de las ideologías fascistas. ¡Y un número menor de víctimas mortales no lo hace más tolerable! Si empezamos a clasificar el asesinato de poblaciones, ¿cuál es el siguiente paso? ¿Clasificarlas por orden de importancia, tal y como nos imponen los medios de comunicación, tratándolas de forma diferente según criterios intrínsecamente absurdos para legitimar algunas de ellas? Entrar en el juego de la rivalidad entre víctimas, como fomenta este circo perverso, solo serviría para validarlo y asegurar una victoria ideológica a los defensores de una división etnonacionalista de la humanidad.

En algunos debates entre militantes, incluso hemos escuchado discursos que, para nuestra consternación, minimizan la cuestión de la violación. De repente, parece un tabú, por no decir secundario. ¿Se ha

convertido la agresión sexual en un arma de guerra aceptable, dependiendo de los antecedentes de los violadores y las víctimas? ¿Se lo merecían? ¿Podría justificarse alguna violación porque «las relaciones sociales en la región son producto de la situación colonial»? Algunos militantes tienden a ofenderse por el uso del término «terrorismo» para describir el asesinato y la toma de rehenes de civiles, ¡muchos de ellos niños! ¿Podrían ser responsables las políticas genocidas del gobierno radical de extrema derecha de Israel? ¿Hay casos en los que atacar a civiles en lugar de a sus líderes con el fin de infundir terror en la población podría definirse como algo distinto al terrorismo? ¿Según qué criterios... ¿«Raza»... «pueblo»? ¡Se puede ver hasta dónde puede llegar el esencialismo! El hecho de que Israel practique un terrorismo de Estado sistemático a una escala mucho mayor no cambia nada.

¿Qué sentido tiene reproducir las tonterías de los ultra sionistas, cuyo racismo declarado se ha combinado, al menos desde Deir Yassin, con un terrorismo abierto destinado a imponer una guerra étnica que no

deja ninguna posibilidad de coexistencia? Imitarlos, o apoyar a quienes lo hacen, es dejarnos arrastrar por su estrategia de limpieza étnica y darles la certeza de la victoria. De hecho, en algunos mítines o textos militantes, a veces percibimos una presión moralista para prohibir cualquier crítica a los líderes de Hamás, con el pretexto de que sería una forma de «traición». Porque Hamás es la resistencia... Porque quienes se proclaman «representantes legítimos del pueblo palestino» exigen «apoyo incondicional»... ¿Pero para quién? Para un grupo reaccionario, nacionalista, patriarcal y homófobo que reprime el deseo de libertad de la población que controla... La crítica al «apoyo incondicional» no es nada nuevo, ya que es sinónimo de un cheque en blanco a las organizaciones políticas que se presentan como representantes de un grupo humano al que dicen liderar. Esto es exactamente lo contrario de la solidaridad de clase, que se basa en la idea de que las luchas sociales contra el mismo sistema se refuerzan mutuamente mediante la unión de la autonomía, a través del intercambio recíproco de análisis y experiencias. De-

nunciar la opresión a la que se somete a las personas es una cosa, y además indispensable. Pero adoptar ciegamente los discursos, a menudo nauseabundos, de quienes se proclaman sus líderes es otra cosa muy distinta... y que además contribuye a reforzar esta confiscación de la libertad de expresión. Si la lógica del apoyo, a diferencia de la solidaridad, nos obliga a validar opiniones que no compartimos, las contorsiones a las que nos condena son aún más insostenibles por ser «incondicionales». ¿Podríamos apoyar el movimiento «Mujeres, Vida, Libertad» en Irán, que lucha contra un régimen ultrarreaccionario, sin criticarlo nosotros mismos? Sin embargo, abstenerse de criticar a los dirigentes de Hamás sería también abstenerse de luchar contra su patrocinador iraní. Negarse a condenar las prácticas de Hamás equivaldría a negarse a denunciar a Qatar, que, con la bendición de Israel, proporciona a Hamás los medios para su clientelismo mediante el pago anual de cientos de millones de dólares. Qatar, que, huelga decirlo, es responsable del trabajo forzoso de decenas de miles de trabajadores migrantes, de los cuales se cree

que casi 6000 han muerto en las obras de construcción para la Copa del Mundo de 2022. ¿Debemos también mirar hacia otro lado cuando esta monarquía absoluta criminaliza la homosexualidad? Las mismas delirantes ideas homófobas se encuentran entre los aliados ideológicos de Hamás, el AKP en Turquía y los Hermanos Musulmanes en Egipto, ambos responsables de la sangrienta represión de todas las formas de protesta. ¿Cómo podríamos denunciar lo que está sufriendo el pueblo del Kurdistán y dejar de lado a Erdogan, responsable de tantas atrocidades contra ellos? Y afirmar que Hamás es la resistencia contra Israel es validar la idea de que Hezbolá también lo es, ya que también se enfrenta al Estado sionista. Siguiendo esta lógica, tendríamos que permanecer en silencio cuando Hassan Nasrallah, su secretario general, llama al asesinato de los miembros de la comunidad LGBT+ libanesa, como hizo en julio de 2023. Y no olvidemos que en 2012, este otro aliado del sanguinario régimen iraní se comprometió militarmente con el Estado sirio y aplastó el levantamiento popular con una violencia sin precedentes. Uno de

los argumentos utilizados para desestimar cualquier crítica a los dirigentes de Hamás es que la mayoría de los palestinos apoyan a esta rama de los Hermanos Musulmanes. Al menos eso es lo que afirman los dirigentes sionistas y de Hamás, ambos con intereses creados en ello. Pero si fuera tan apreciado por la población a la que dirige, ¿por qué Hamás necesitaría reprimir de forma sistemática y dura cualquier protesta social, como hizo en marzo de 2019 contra «la revuelta de los hambrientos»? ¿Por qué tanta gente a la que pretende controlar quiere que se destituya a sus dirigentes? Además, la cuestión no es tanto cómo verificar esta supuesta «popularidad» sino cómo interpretarla. La popularidad de un político nunca ha sido garantía de que sea revolucionario, sino todo lo contrario, y la realidad política en Palestina se ha caracterizado durante décadas por las continuas intervenciones del poder israelí para acabar con cualquier espíritu de resistencia. Y la estrategia sionista, que primero apoyó el surgimiento de Hamás para competir con la OLP antes de corromper a la Autoridad Palestina, tiene como objetivo dejar a los palestinos con

opciones podridas, atrapados entre dos poderes tan clientelistas como reaccionarios. Dos fuerzas rivales, pero con algo en común: la determinación de controlar a la población y restringir cualquier intento de autoorganización popular. Es comprensible que, ante esta elección imposible, una parte de la población, privada de todo, siga prefiriendo al grupo mejor organizado, al menos colaboracionista o al que ofrece el mejor servicio clientelista. Pero esto no es motivo para que la crítica revolucionaria se abstenga de denunciar el liderazgo político o militar de un partido tan reaccionario como religioso.

No es motivo para tolerar sus tonterías con un silencio avergonzado, arriesgándose así a caer de cabeza en la trampa tendida por el régimen sionista. No es motivo para equiparar a todos los palestinos con sus líderes, como espera hacer el gobierno radical de extrema derecha israelí para justificar la masacre perpetrada por las Fuerzas de Defensa de Israel. Ser solidarios también significa aprovechar nuestra libertad de expresión para expresar críticas que son inmediatamente reprimidas cuando las

expresan los rebeldes en Palestina. Y como no se trata de pretender hablar en su nombre, tenemos que decir lo que creemos que está mal. No se trata de moralizar a una población que sufre una violencia atroz, sino de no transigir con todos los poderes que intentan manipularla, en primer lugar todos los Estados que intentan promover a sus peones en la región. Y son muchos, desde Israel hasta Irán, pasando por los países occidentales, las monarquías del Golfo, Turquía... Pero ¿por qué esta tendencia a distorsionar los hechos? ¿Por qué tantos «revolucionarios» optan por negar la naturaleza profundamente reaccionaria de Hamás? ¿Podrían ser partidarios? ¿Por elección? ¿O por cobardía? ¿O se debe al mito de que la unidad a toda costa es sinónimo de fuerza, lo que equivale a alinearse con el partido dominante, aunque eso signifique negar sus prácticas fascistas y servirle de plataforma...? ¿Podría deberse a una ceguera deliberada? ¿El horror de la situación en Gaza nos hace preferir la simplicidad de una ideología partidista que se niega a ver la mitad de la realidad? ¿Ha vuelto a golpear el ridículo y binario afo-

rismo «los enemigos de mis enemigos son mis amigos»? Tras firmar un pacto de no agresión con Hitler en 1939, Stalin contribuyó finalmente a la derrota nazi. ¿Eso lo convierte en un compañero?

¿Un dictador al que nunca se le debe reprochar nada? Esto es lo que afirmaban en su día algunos supuestos «revolucionarios», que no dudaban en tachar cualquier crítica subversiva a la supuesta *nomenklatura «comunista»* de acto de traición orquestado por círculos contrarrevolucionarios. ¿O acaso esta doble moral se debe, para algunos, básicamente a la idea de que no podemos esperar lo mismo de todos los seres humanos en función de la etiqueta étnica que se les asigna? Pero ¿no denota la idea de que no podemos esperar lo mismo de ciertas personas un profundo desprecio paternalista hacia ellas? ¡Una condescendencia que refleja no un racismo antijudío, sino antiárabe! ¿O existe el temor de decir algunas partes de la verdad porque podría perjudicar a la causa palestina? Excepto que esto sería un cálculo muy pobre, ya que la ambigüedad ahuyenta a muchos revolucionarios, ¡y no solo a ellos! Aun así, sería

útil preguntarse si esta renuencia a llamar a las cosas por su nombre no es contraproducente, y si no habríamos sido muchos más en las manifestaciones de Gaza si la condena a Hamás hubiera sido más clara y directa. Está muy bien denunciar la hipocresía del «doble rasero» de los Estados de derecho que tratan las afrentas de manera diferente según la identidad de las víctimas civiles, pero es aún mejor no sabotear esa crítica reproduciendo su «doble rasero» étnico en otra forma. No necesitamos ser indulgentes con Hamás para denunciar el sionismo, junto con todos los nacionalismos. Independientemente de lo que haga la dirección de Hamás, nada justificará jamás la masacre de civiles en Gaza para dar ejemplo. No hay necesidad de distorsionar nada para establecer un paralelismo entre Israel y el apartheid de Sudáfrica, ambos basados en fundamentos racistas, que actúan como democracias representativas para unos y dictaduras para otros. No se puede negar que el Estado israelí es intrínsecamente racista, ya que invita a algunas personas a establecerse en el territorio que controla en función de su identidad étnica,

mientras expulsa a otras cuyas familias han vivido allí durante siglos. Nada nos impedirá recordar que este Estado se fundó originalmente sobre una campaña de limpieza étnica basada en el terror, para que los partidarios sionistas pudieran ser mayoría. Desde entonces, el terrorismo de Estado se ha sistematizado para invisibilizar y silenciar a aquellos seres humanos que considera indeseables para siempre.

Y cuando no los caza, tortura o asesina, los aparca en su puerta en mega-prisiones al aire libre, cuya gestión interna ha confiado en parte a la Autoridad Palestina y a Hamás. De esta manera, mantiene a su disposición una mano de obra que está a su merced sin tener que satisfacer las necesidades de este grupo de siervos de reserva, que sobreviven en gran medida gracias a la ayuda extranjera. Estos trabajadores están doblemente cautivos, atrapados como están por el desempleo sistémico vinculado al bloqueo y la destrucción de las infraestructuras organizada por el IDE. Son aún más explotables porque la frontera con Israel es el lugar del mundo donde la separación física entre dos territorios veci-

nos presenta la mayor diferencia en el PIB per cápita: en promedio, en 2022, un ser humano en Gaza vivía con 28 veces menos que un ser humano en Israel. Esto no impide que los inmigrantes indocumentados de todo el mundo, especialmente de Tailandia, sean sobreexplotados, ya que los capitalistas, sean quienes sean, utilizan las mismas técnicas de dividir y enfrentar al proletariado entre sí para ejercer cada vez más presión y aumentar sus ganancias. Además, cuando se trata de dividir al proletariado, Hamás no es mejor. ¿Acaso no ha asesinado y secuestrado a inmigrantes tailandeses indocumentados? Pero también a beduinos, especialmente a trabajadores agrícolas, que pueden tener la ciudadanía israelí, pero que, no obstante, son oprimidos a diario por el Estado hebreo. Pero, ¿qué pudo haber motivado a los líderes de Hamás a organizar el asesinato y secuestro de trabajadores tailandeses y beduinos, que también son víctimas del régimen sionista? Si bien sin duda debemos considerar el nacionalismo, también podemos preguntarnos por su contraparte directa: ¡la xenofobia! Como mínimo, podemos ver una vez

más que la categorización y separación de la humanidad en diferentes naciones y pueblos divide mecánicamente a los explotados y amenaza su capacidad de unirse para resistir al capitalismo. Una prueba más, si es que hacía falta, de que el 7 de octubre no tiene nada que ver con la lucha de clases ni con ninguna forma de resistencia social. De hecho, sin duda debemos revisar el concepto de resistencia, así como la forma en que se presenta para legitimar una estructura estatal ultrarreaccionaria. ¿Quién está realmente resistiendo hoy en día? ¿Los líderes políticos de Hamás en Doha? ¿Sus líderes militares, que, protegidos por sus túneles, organizaron a sabiendas la masacre del 7 de octubre, sin poder ignorar que la reacción israelí sería terrible para los habitantes de Gaza? ¿La corrupta Autoridad Palestina? ¿O la población de Gaza y Cisjordania que intenta sobrevivir bajo una lluvia de bombas y balas israelíes? Los verdaderos resistentes no son los que se erigen en representantes y quieren apropiarse del término, sino, por supuesto, todas aquellas familias sumidas en la miseria absoluta, que ven cómo asesinan a sus familiares, ¡pero se

niegan a bajar la cabeza! Son ellos los que están pagando con sus vidas su negativa a ceder ante la limpieza étnica planeada por los regímenes sionistas. Son ellos los que aguantan, son ellos los que luchan, son ellos los que pueden y deben cambiar las tornas mañana.

Como en todas partes, corresponde al pueblo recuperar sus vidas a nivel local y decidir su destino, no a nosotros, ni a quienes les confiscan la palabra alegando que los gobiernan. Esto no debe impedir que la solidaridad exprese sus propias ideas, siempre que evite los sermones paternalistas. Pero la solidaridad con nuestros hermanos y hermanas de allí, aquellos que pertenecen a la inmensa mayoría de seres humanos explotados, aquellos que se rebelan contra todo autoritarismo, significa no ponerlos en peligro apoyando a los políticos que los aplastan. En este sentido, también podemos preguntarnos qué entendemos por «revolución» y la «resistencia» que la acompaña. ¿Se trata simplemente de desafiar el poder de una fuerza ocupante para sustituirla por un Estado nacionalista? ¿Se trata de oponerse a una única fuente de

opresión, aunque ello implique reproducir las demás, ya sean sociales, sexistas, racistas, autoritarias...? ¿Se trata de participar en la lógica de la rivalidad identitaria, de quedar atrapados en la ideología dominante que busca enmascarar los antagonismos de clase vinculados a la explotación del ser humano por el ser humano? ¿Negamos que todas las naciones y pueblos no son más que partes separadas de la humanidad, la mayoría de las cuales tienen en común que están sometidas a una minoría que detenta el poder económico y político? Una élite social que, para hacernos trabajar más duro, se esfuerza por fragmentar al proletariado global redistribuyendo las migajas de manera diferencial y tratando de hacernos tragar su «guerra de civilizaciones». ¿Estamos luchando para establecer gobiernos que, en última instancia, son apenas mejores que los poderes dictatoriales a los que sustituyeron? ¿Estamos luchando por poderes cuyo objetivo es establecerse como una nueva burguesía que explotará al resto de la población? ¿Estamos luchando para ofrecer el liderazgo de un Estado a una futura élite? ¿Hemos olvidado de repente

que el colonialismo es siempre el resultado de estructuras estatales que se han vuelto lo suficientemente poderosas como para exportar el dominio que ejercen sobre una parte de la humanidad a otras partes? ¿O es que luchamos por mucho más que eso? ¡Resistir colectivamente todas las formas de dominación, ahora y en todas partes, sin jerarquizarlas, sin fronteras, sin esperar vagas etapas intermedias! En las numerosas discusiones que hemos tenido con compañeros en las protestas de Gaza, hay un argumento que se repite como un mantra sobre Hamás: no es el momento de detenerse en criticarlo, dada la magnitud de la catástrofe actual causada por las políticas genocidas del régimen sionista. En primer lugar, tendría que calmarse... No del todo convencido por este argumento, en vista de las luchas de poder orquestadas por ciertos partidarios a quienes no les importa debilitar la solidaridad, este texto permaneció sin embargo estancado en el fondo de una computadora durante varios meses. Lo cual en sí mismo no es demasiado grave, por no decir completamente insignificante. Lo que da miedo es que no cede, que el ho-

rror no se detiene, como si no pudiéramos hacer nada contra esta locura, como si solo pudiéramos observar este espectáculo morboso en el que la mayoría, cansada, parece estar perdiendo interés, como si la única opción ante el número de muertos fuera perder la cabeza. Y cuando «se calma» un poco, ¡es con la amenaza de que vuelva a empeorar! Pero más allá de las reservas y críticas a ciertos discursos, es impensable quedarse de brazos cruzados mientras un ejército masacra deliberadamente a decenas de miles de civiles durante meses, mezclando a los dirigentes y a los gobernados. Es impensable ignorar la difícil situación de los seres humanos que sufren el terrorismo de Estado si se pretende ser revolucionario. Es impensable no decir nada, permanecer centrado en los argumentos de Occidente. Sobre todo porque negarse a mostrar solidaridad con estas víctimas de la violencia estatal, en nombre de la ambigüedad de ciertos grupos, equivaldría a reproducir esta confusión entre una población que sufre y unos políticos que solo buscan dominarla. No preocuparse sería olvidar que el hito que se acaba de alcanzar en la gestión

de las poblaciones nos afecta a todos. En el pasado, los llamados Estados «de derecho» han sido conocidos por masacrar a miles de civiles, pero la escasez de imágenes y su lejanía les han permitido posponer la toma de conciencia de la realidad hasta que el espectáculo mediático ha desviado lo suficiente la atención.

Con esta guerra genocida en directo, programada, organizada, reivindicada, documentada, filmada, difundida en TikTok durante meses, ya no se trata de ocultar el terrorismo de Estado a gran escala. Solo queda mostrarlo, mostrar lo que le cuesta a una población resistir. Más de dos millones de civiles tomados como rehenes, sometidos al hambre y a la tortura como ejemplo, mujeres violadas, más de 35.000 civiles asesinados deliberadamente, en vivo, ante los ojos del mundo entero... ¡Y los demás Estados de derecho no se inmutan! No se trata solo de un cheque en blanco otorgado a un poder fascista, sino de una advertencia a todo ser humano que se atreva a rebelarse contra el orden establecido: para los Estados, se autodenominen «democráticos» o no, la represión con violencia extrema es

una opción. El IDE, que se ha otorgado a sí mismo el derecho de vida y muerte sobre los palestinos, ha extendido este derecho a cualquiera que pueda ayudarles. Pero cuando mató deliberadamente a tiros a siete cooperantes occidentales cuya posición exacta le había sido comunicada por la ONG, fue demasiado para ciertos comentaristas y políticos que consideraron que se había ido demasiado lejos. Es probable que la historia recuerde que ellos también fueron cómplices de este horror por su silencio. Incluso Biden finge estar molesto. La solución de «dos pueblos, dos Estados» fue entonces sacada de la chistera por varios políticos. La diferencia entre los diversos defensores de la solución de dos Estados radica en el nombre del líder que pretenden instalar al frente del futuro Estado palestino, ya que cada uno espera colocar a su favorito. Todo esto demuestra lo poco que los Estados democráticos tienen en cuenta las opiniones de las personas afectadas. Por supuesto, la población palestina que ahora vive bajo las bombas israelíes podría sentirse tentada por el reconocimiento de un Estado que les ofrece

un mínimo de seguridad en comparación con lo que están soportando actualmente. Incluso si es estrecho de miras y lo implementa una élite local cuyo único objetivo es el control. Pero, ¿cómo es aceptable un plan que cede solo una quinta parte de Palestina a una población que, en 1947, representaba el 70 % de sus habitantes antes de ser expulsada, un plan que valida la apropiación de las otras cuatro quintas partes por parte de un Estado que sigue practicando la segregación racial y negando el derecho al retorno a todos los refugiados de la Nakba? ¿Es ceguera o cinismo presentar como generoso un proyecto tan injusto y que solo puede aceptarse con un cuchillo en la garganta? Ante esta mistificación, es comprensible el deseo de reclamar una solución de «dos pueblos, un Estado», que al menos tendría el mérito de no prohibir ya el derecho al retorno. Pero ¿retorno a qué tierra cuando lleva décadas ocupada? Esto plantea la cuestión de la propiedad de la tierra y los edificios. ¿A quién deberían pertenecer? ¿A quienes las poseen ahora y que pudieron adquirirlas gracias a la Nakba? ¿A los antiguos propietarios? A menudo,

ricos terratenientes otomanos... ¿A quienes vivían allí, fueran o no los propietarios oficiales? Lo que significaría que quienes en su momento solo tenían derecho a una pequeña choza tendrían que conformarse con ella, mientras que la antigua burguesía recuperaría sus palacios y otros no tendrían nada en absoluto. Obviamente, todo esto sería muy injusto y solo amenazaría con generar injusticia y conflicto permanente, especialmente entre los dos «pueblos». Al fin y al cabo, siempre nos enfrentaremos a la separación de la humanidad en dos fragmentos que viven en el mismo territorio. Y podemos contar con que la extrema derecha de ambos bandos avivará las brasas y alimentará una doble estrategia de tensión destinada a imponer una guerra basada en la identidad. En esto les ayudarán los políticos que apoyan la democracia representativa y que, al entrar en competencia electoral entre ellos, pronto se verán tentados a aprovechar también el antagonismo comunitario, especialmente a través de una competencia demográfica. Incluso si, como ocurre en todas partes, esta competencia por el control del Estado no impide que

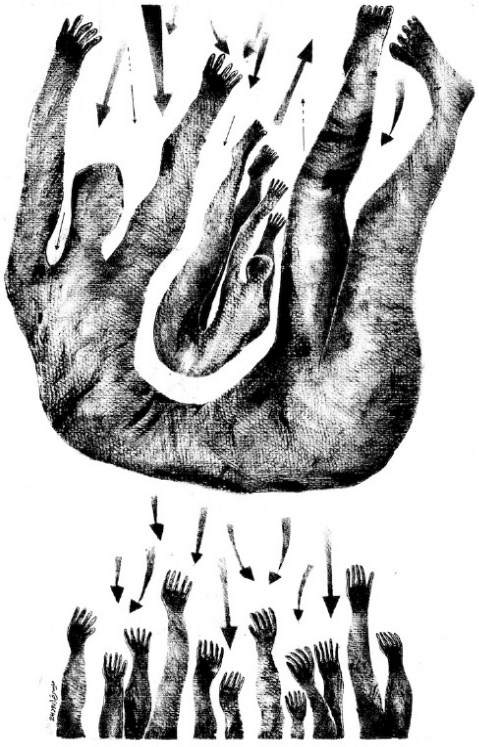
la burguesía acuerde administrar y repartir el pastel. Un Estado cuyo objetivo, como todos los demás, será naturalmente privar a la población de su capacidad de decisión para garantizar su explotación en beneficio de las clases dominantes. ¿Y qué? ¿Y si nos permitiéramos ir más allá? ¿Y si atacáramos los cimientos mismos del colonialismo: el Estado y el capitalismo? ¿Y si nos atreviéramos a cuestionar la idea misma de Estado, la idea de propiedad privada, la idea de fronteras? ¿Y si intentáramos inventar algo distinto a las relaciones sociales basadas en la monopolización de los bienes y la explotación de los seres humanos por otros seres humanos? ¿Y si cuestionáramos la noción misma de «pueblos» y su construcción? ¿No sigue la misma lógica que la del «Estado-nación», que solo puede derivar en nacionalismo y contribuir a la atomización del proletariado global? ¿No tienden las personas a considerarse entidades separadas del resto de la humanidad, participando en la división de esta última y en la competencia entre sus fragmentos por parte de las élites sociales deseosas de ocultar la verdadera divergencia de intereses entre

gobernantes y gobernados, explotadores y explotados? ¡Antagonismos de clase que trascienden todas estas divisiones artificiales! Entonces, ¿qué tal una solución revolucionaria: «no a las personas, no al Estado, no a las clases»? Para muchos, tal idea parecería utópica, por no decir completamente descabellada. Obviamente, dado el nivel de odio, sería complicado, pero siempre más realista que las «soluciones» que nos llevan directamente a la lógica de la guerra étnica total. ¡Aún menos descabellado que aceptar el fatalismo imperante que nos lleva a dejar de reaccionar cuando miles de niños son asesinados! ¡Y aún menos estúpido que este mundo que, con sus reglas binarias y basadas en la identidad, legitima las masacres en nombre de una división etnocéntrica de la humanidad! «Sin pueblo, sin Estado, sin clase» es, por supuesto, solo una opción, que debe construirse colectivamente. Dependerá de la población local decidir lo que quiere y crear sus propias soluciones de acuerdo con sus deseos y dinámicas sociales. Solo podemos esperar que haya ganado «suficiente autonomía» respecto a los diversos intereses que pre-

tenden representarla y dirigirla. Esperemos que, en nuestro contexto, el desarrollo de la dinámica de solidaridad con las luchas autónomas de allí resuene con su lucha por la liberación de los colonialistas, los reaccionarios y otros mercaderes de la muerte...

# SUPLEMENTOS

**Palabras de introducción a la edición francesa e inglesa, seguido de un texto de la Asamblea Sabotiamo la Guerra.**



Maisara Baroud, *I'm Still Alive No.1*, 2024

# Introducción a la edición francesa

*«El infierno de los vivos no es algo que estará; si existe, es lo que ya está aquí, el infierno en el que vivimos cada día, que formamos al estar juntos. Hay dos maneras de escapar del sufrimiento. La primera es fácil para muchos: aceptar el infierno y convertirse en parte de él hasta tal punto que ya no se pueda ver. La segunda es arriesgada y exige una vigilancia y una aprensión constantes: buscar y aprender a reconocer quiénes y qué, en medio del infierno, no son infierno, y luego hacerlos perdurar, darles espacio».*

Italo Calvino, Las ciudades invisibles

El principal valor de estos textos, publicados en Italia el pasado mes de marzo, es sin duda el compromiso de los autores con el destino de la lucha del pueblo palestino colonizado, encarcelado y masacrado y, además, el hecho de que su postura no cede al chantaje abrumador de quienes intentan equiparar cualquier postura «propalestina» con el antisemitismo. En medio de la indiferencia general ante el genocidio que se está

produciendo en Gaza, son pocos los que se preocupan por actuar; La Tempesta lo hace.

Sin embargo, tras una primera lectura de los diversos textos que componen esta publicación, nos queda una impresión ambigua y cierta inquietud. Nos llama la atención el hecho de que algunos de los análisis, propuestas y puntos de vista con los que estamos profundamente de acuerdo se yuxtaponen con otros -a veces separados solo por un punto o una coma- que nos provocan repulsión, náuseas y, dado que los autores son anarquistas, consternación. No estamos acostumbrados a palabras bien argumentadas y coherentes que, por un lado, nos convencen profundamente y, por otro, nos provocan un vigoroso desacuerdo.

No obstante, hemos decidido traducir estos textos para que puedan ser objeto de reflexión, discusión y debate. Algunos considerarán que se trata de una elección ambigua, y quizá tengan razón. A pesar de los aspectos problemáticos de los siguientes textos, y a pesar de los aspectos y pasajes superficiales, imprecisos o sin fundamen-

to[15] que algunos seguramente notarán, nos parece que, en el curso de los acontecimientos decisivos que estamos viviendo, que anuncian calamidades que probablemente serán aún peores, estos textos expresan, desarrollan o repiten ciertas ideas, ciertas premisas, ciertos principios que consideramos relevantes tanto para comprender la realidad como para orientar la acción anarquista actual. Entre otros:

- La importancia de apoyar, a través de movimientos de solidaridad internacional, el impulso emancipador de las luchas de descolonización y una postura clara e intransigente contra el colonialismo israelí.

- La necesidad inflexible de destruir el Estado, sea cual sea, y la afirmación de que existe una brecha insalvable entre la revolución política y la revolución social.

- A pesar de su ingenuidad y falta de realismo, dadas las circunstancias y la pobreza de los

15 Entre otras cosas, cuando los autores resumen el desarrollo de los acontecimientos en Ucrania desde 2014 hasta la actualidad, fuertemente impregnados de la «narrativa de Putin», o cuando describen casualmente a la población de Gaza como una «clase popular sin Estado». [Nota edición francesa]

tiempos -tanto existencial como en términos de ideales-, la afirmación y el argumento de que sustituir el Estado israelí (o cualquier otro Estado) por una federación libre de comunidades libres es el único horizonte deseable[16], la única perspectiva capaz de impedir que décadas de violencia y deshumanización hagan imposible la convivencia.

• La afirmación del principio derrotista, aún válido hoy en día, según el cual la lucha de los explotados durante una guerra debe dirigirse ante todo contra su propio Estado, lo que lógicamente conduce a la incitación voluntarista de que la batalla se libra aquí, en casa, y que «nos corresponde a nosotros atacar a los amos en casa».

• La observación de que «si no hacemos nuestra parte, con una acción internacionalista desde abajo, la iniciativa solo puede pasar

16 Esto implica necesariamente superar las barreras nacionales, étnicas y religiosas. La superación de estas barreras fue una característica clave de las revueltas de la Primavera Árabe, especialmente en Siria y, más recientemente, en Irán. En este sentido, es tan significativo como desastroso que, durante las manifestaciones a favor de Palestina celebradas en París entre octubre y noviembre del año pasado, los grupos de exiliados iraníes y sirios que criticaban a Hamás fueran marginados por un antiimperialismo de izquierdas que era implícitamente pro-Hamás. [Nota edición francesa]

a los Estados», que se deriva de la convicción de que solo las intervenciones internacionalistas pueden marcar la diferencia.

• Una visión general del contexto actual, resumida de la siguiente manera: «La guerra en Ucrania, así como el conflicto en Asia Occidental (una definición que nos parece decididamente menos eurocéntrica que la denominada Oriente Medio), son capítulos, en ciertos aspectos frentes diferentes, de un conflicto global cada vez más encendido, que prevé el choque directo entre Estados Unidos y China en el horizonte estratégico de la lenta pérdida de hegemonía del capitalismo occidental, aunque por el momento siga siendo ampliamente dominante».

• La afirmación de que la militarización no es un proceso en curso, sino un principio fundamental de la modernidad, su condición previa. Que la propagación de la guerra hoy en día no debe atribuirse únicamente al ámbito militar, sino que es inseparable de los ámbitos civil, social y económico, antes presentados como separados y ahora organizados descaradamente de forma cada vez más estrecha por los amos del abismo.

• La conciencia de la amenaza que supone

el vínculo inextricable entre la guerra, el aumento de las formas de censura y propaganda, y la represión.

Por nuestra parte, seguimos creyendo que nada puede justificar actos como la violación, la tortura y la matanza de civiles desarmados, independientemente de su procedencia, del contexto, de quiénes sean los autores o de cuáles sean sus intenciones. Solíamos pensar que había que ser un canalla, un reaccionario o un izquierdista -en definitiva, una persona despreciable- para no oponerse rotundamente a tales actos, o para restarles importancia y pasar por alto este abismo con un gesto de la mano, con el pretexto de que se trataba de «colonos».[17]

Estábamos equivocados.[18] Históricamente, aunque algunos anarquistas siempre han tratado de comprender, promover y defender la violencia como un medio de

17 ¿Los colonos, en realidad, los trabajadores tailandeses, los beduinos del Negev, los árabes israelíes, los explotados en los kibutz, muertos por docenas el 7 de octubre y secuestrados por docenas y docenas?. [Nota edición francesa]

18 Debemos admitir que es inquietante descubrir que puede haber acuerdo entre los anarquistas y las categorías mencionadas sobre estas cuestiones. [Nota edición francesa]

acción necesario y justo, siempre se ha tratado de una violencia liberadora que tiene sus propias reglas, su propia ética, y que en ningún caso puede ser una violencia indiscriminada. ¿Es necesario recordar que los anarquistas de la Makhnovshchina y de la Revolución Española castigaban con la muerte las violaciones y los pogromos?

Una cosa es no querer «aullar con los lobos» contra el ataque del 7 de octubre, justificándolo en general por el hecho de que «cuando alguien está encerrado en condiciones terribles, no te sorprendas si, al escapar de la jaula, comete una masacre a ciegas» (un argumento ya de por sí resbaladizo), o prefiriendo «diluir» ciertos horrores mediante la búsqueda de la «verdad de los hechos» y minimizarlos mediante la relativización intelectual (la relación con la «violencia» en un contexto de colonización como este tiene sus propias características distintivas que no pueden eludirse). Pero que los anarquistas de hoy en día no solo puedan ignorar los horrores del 7 de octubre, sin ofrecer crítica alguna, ni siquiera la más mínima reserva -cayendo, por cierto, en la misma lógica de deshumanización del

enemigo que los autores identifican en el «genocidio automatizado» llevado a cabo por el Estado israelí y su ejército-, sino que incluso valoran y elogian implícitamente estos horrores («la represalia de la variante humana y oprimida contra la omnipotencia tecno-militar») presentándolos como «resistencia palestina», es, en nuestra opinión, tan injustificable como tóxico. El uso recurrente del concepto «resistencia palestina» es, en nuestra opinión, una segunda fuente de problemas. Si bien hablar de «resistencia palestina» (y a veces incluso de «Resistencia Palestina») es sin duda una forma conveniente de evitar abordar las espinosas cuestiones que se han acumulado en las últimas décadas, también es una distorsión de la realidad, ya que significa utilizar una construcción imaginaria suave y homogénea para encubrir una realidad compleja. La «resistencia palestina» aquí no es más que un espectro que borra toda la alteridad, los antagonismos, las diferencias, las divisiones, las contradicciones, las incompatibilidades y los conflictos entre las diferentes expresiones reales de lucha -y las luchas dentro de la lucha- del pasado

y el presente en Palestina. Esto equivale a borrar la historia y la evolución de estas luchas, sus diferentes elementos, las perspectivas de estos diferentes elementos y las personas que participaron en ellas.

¿No hay entonces ninguna diferencia entre las intifadas del pasado, las cometas incendiarias que prendieron fuego a los campos israelíes en 2018 y los atentados con bombas en autobuses, o entre las manifestaciones a lo largo de la frontera israelí y los ataques como los del 7 de octubre? ¿No hay una diferencia fundamental entre la formación y organización de un «partido armado» religioso como Hamás -una rama de los Hermanos Musulmanes, que afirma basar sus principios en el Corán y luchar en nombre del islam, que tiene estrechos vínculos con el Estado iraní y el Estado de Qatar, y que valora el martirio y los atentados suicidas- y los grupos armados que persiguen ideales de libertad, justicia social y emancipación, o levantamientos populares con toda su autoorganización? ¿No hay diferencia, entonces, entre el conflicto militar y la insurrección social, entre el combate orquestado por los políticos y los

levantamientos populares? Las preocupaciones y reflexiones sobre problemas como la militarización de «la resistencia», la especialización en combatientes, la concentración de decisiones, la organización y los recursos materiales en manos de un estado mayor, por no mencionar la dependencia de organizaciones y potencias extranjeras y la consiguiente sujeción a su lógica e intereses, han marcado la historia de las luchas pasadas. Aplanar estos problemas hoy en día bajo el pretexto de una «resistencia palestina» fantaseada constituiría una pérdida de proporciones inconmensurables. Las luchas y los movimientos de resistencia no son piedras preciosas, y los anarquistas, revolucionarios y subversivos no son joyeros: así que asegurémonos de reunir la comprensión, el compromiso, la solidaridad y la crítica en un mismo movimiento, y que la búsqueda de la pureza siga siendo el triste negocio de los talladores de diamantes.

Después de todo, ¿realmente necesitamos estas mistificaciones ideológicas para criticar las masacres israelíes, las de la OTAN, la industria militar o la tecnología? ¿Debemos abstenernos de las críticas necesarias,

debemos negarnos nuestras ideas antiautoritarias, antinacionalistas y antirreligiosas para adoptar una postura clara contra el colonialismo israelí y la limpieza étnica que lleva a cabo desde hace varias décadas? ¿Cómo nos ayudaría aquí una glorificación acrítica de la «resistencia palestina» o cómo contribuiría al conflicto que se está librando allí?

***

*La historia contemporánea está plagada de acontecimientos que nos enseñan que, contrariamente a la promesa ciega de la Ilustración, no es el sueño de la razón lo que crea monstruos, sino la razón misma. En cuanto a nuestros mundos de percepción, envueltos por las corrientes heladas del progreso, golpeados por el dominio metálico de la tecnología, erosionados por las metástasis de la política, paralizados por las frías aguas de los cálculos egoístas, aturdidos por los tambores de la ideología, ya no nos sorprende darnos cuenta de que queda muy poco. Creemos, sin embargo, que es de fundamental importancia preservar lo que queda, a pesar de todo. Aclarar la lucha anarquista actual también significa comprender los acontecimientos (y evaluar o comentar los discursos que los acompañan) en relación con lo siguiente: el sueño de la emoción y la sensibilidad*

*genera buenas razones.*

*Una plétora de comentaristas (ya sean expertos militares, políticos, intelectuales, periodistas, activistas o militantes) reiteran constantemente sus buenas razones para justificar esta o aquella guerra en curso o futura, escupiendo sus buenas razones ante montones de cadáveres y existencias destrozadas. ¿Cuántos de ellos se tragarían estas buenas razones si ellos (o sus seres queridos) se encontraran en medio de fosas comunes y lodazales sangrientos, rodeados de desolación, directamente afectados por los acontecimientos? En contra de la tradición occidental que separa la razón y el intelecto de las pasiones y los afectos, considerando lo primero como noble y lo segundo como vil, nos comprometemos a pensar, siempre, con el corazón y la mente. Es por esta razón, además, que reproducimos en el apéndice un texto recientemente publicado titulado «Carnicería en Palestina: la razón de los Estados contra la humanidad», que combina inteligencia, sensibilidad, principios revolucionarios y anarquistas y ética en una poderosa respuesta a todos aquellos que durante meses han logrado intoxicar un aire ya viciado e irrespirable.*

*Los traductores de la versión francesa, junio de 2024.*

# Introducción a la edición en inglés

Los vientos de guerra soplan cada vez con más fuerza y, a medida que pasan los meses, la situación mundial parece derivar irremediablemente hacia la globalización de la guerra. Los delicados equilibrios geopolíticos están siendo deliberados y maliciosamente socavados por gobernantes sin escrúpulos que, como de costumbre, tienen un ínfimo respeto por quienes se ven obligados a sufrir en carne propia las consecuencias de estas decisiones. Desde que los compañeros de la *Asamblea Sabotiamo la guerra* escribieron estos textos, hasta que fueron traducidos por quien escribe esta introducción, han pasado unos meses. No años ni décadas. Menos de un año. Pero, como sabemos, la historia no espera a nuestros análisis. El bloque occidental y todos sus partidarios siguen abasteciendo al ejército ucraniano con suministros y armas de todo tipo y, tras un largo periodo de estancamiento, tras la llegada de una enorme cantidad de fondos y equipamiento, tras el visto bueno de Estados Unidos

para utilizar armas estadounidenses en territorio ruso, comenzó la contraofensiva del ejército de Kiev, que incluso logró cruzar al territorio enemigo en la región de Kursk. Ahora, entre las amenazas de Putin de un apocalipsis nuclear y las grandilocuentes proclamas de Zelensky, entre las aberrantes afirmaciones de ataques con misiles termobáricos (dispositivos de media tonelada que pueden literalmente *incendiar el aire* con un enorme rayo de muerte y devastación) por parte rusa y los vítores por el éxito de los bombardeos de las regiones rusas de Kursk y Belgorod por parte ucraniana, entre todo esto siguen estando los pobres, los oprimidos, obligados a someterse a pérfidos juegos de poder. Obligados a ser reclutados a ambos lados del frente. Personas capturadas en las calles, encerradas y enviadas a morir en nombre de la patria «democrática». Prisioneros sacados de sus celdas y enviados al frente con un boleto de ida para expiar sus pecados en nombre de la «desnazificación». Mientras tanto, en el otro frente caliente, los acontecimientos siguen desarrollándose y, si se quiere, degenerando *sin fin*. El gobier-

no israelí continúa con su labor de exterminio y limpieza étnica en territorio palestino y, al mismo tiempo, el Mossad, el único servicio secreto que, como ha quedado demostrado históricamente, no parece tener que responder a ningún código de conducta internacional, lleva a cabo, como es tradición, planes temerarios de eliminación del enemigo en territorios extranjeros, en particular, por ahora, en el Líbano e Irán. Pero otros enemigos se alojan en Qatar, y algunos otros a lo largo de la historia han encontrado refugio en Rusia, en Turquía, por mencionar solo algunos casos que conocemos. Por lo tanto, se desconoce hasta dónde llegará. A todo esto se suma el bombardeo de consulados en Siria y la escalada en el Mar Rojo. Si toda acción tiene una reacción, lo cierto es que esta política exterior aventurera de Israel, y la de todo el bloque occidental que la apoya, está cambiando claramente la situación geopolítica en Asia Occidental (y no solo allí) y puede tener repercusiones drásticas en términos de ampliación del conflicto y posibles nuevas alianzas. A medida que cambia el equilibrio de poder mundial y se intensifica y

complica el choque entre bloques, también lo hace la presencia en las calles, día y noche, de aquellos que se niegan a callar y a bajar la cabeza. En Alemania, Francia e Inglaterra se han llevado a cabo numerosas acciones contra los cómplices de la guerra. Durante meses se han producido acciones en Berlín contra las sedes de los socialdemócratas del SPD y los Grüne. Empresas que hacen muchos negocios con la guerra, como Tesla, CEMEX, Bauer, Thyssenkrupp, Deutsche Bahn, Thales, y podríamos seguir y seguir. Instituciones como la ZUG y la Confederación de las Fuerzas Armadas Alemanas sufrieron daños en mayo, por no mencionar el incendio provocado en el edificio municipal de Berlín-Tiergarten, en cuya fachada se escribió: «Si Gaza arde, Berlín arde». Todos los sábados, prácticamente desde el inicio de esta última operación para exterminar a la población palestina, muchas personas se reúnen en el distrito de Neukölln (donde la presencia turca y árabe es notable) y no es raro que se produzcan disturbios entre los manifestantes y la policía. Esto no es poca cosa, dados los tiempos actuales, en los que los conflictos

callejeros están en su punto más bajo prácticamente en toda Europa, excepto quizá en Francia, donde los ánimos siguen encendidos y, aun allí, la intervención del proletariado de origen árabe desempeña un papel significativo. Ante todo esto y la continua evolución de la guerra, estamos convencidos de que nuestros análisis deben tener esa elasticidad que es esencial para comprender y profundizar en la realidad en su desarrollo perenne. *No sentarnos en un escritorio a dar lecciones de historia, sino ampliar el debate, desarrollarlo, actualizarlo y traducirlo en la práctica.* Interviniendo en un sentido revolucionario e internacionalista en los problemas a los que todos nosotros, como oprimidos, nos enfrentamos en esta fase histórica. Como anarquistas, es esencial para nosotros profundizar en las cuestiones, evitando cualquier lectura superficial y simplista de lo existente. Desconfiamos de cualquiera, ya sean autoridades institucionales o estructuras antagónicas, que quiera imponernos visiones reduccionistas y dicotómicas de la realidad (no obstante, nos parece interesante observar cómo el enfoque de ciertos hechos defendido por estas

dos entidades aparentemente opuestas es casi idéntico). Estamos convencidos de que, en situaciones críticas, cuando los problemas a los que uno se enfrenta se agudizan, todos los nudos se deshacen y resulta más fácil comprender en quién se puede confiar y en quién no. La única dicotomía que aceptamos es la que divide el mundo en oprimidos y opresores, en explotados y explotadores. No reconocemos ninguna «urgencia» que pueda justificar cruzar, ni siquiera temporalmente, esta línea divisoria. Rechazamos cualquier forma de interclasismo y frente único en nombre de un supuesto mal menor. La historia nos ha demostrado, y sigue haciéndolo, cómo las áreas antagónicas que, consciente o inconscientemente, terminan en esta pendiente resbaladiza, no hacen más que prestarse al poder y convertirse en los idiotas útiles al servicio de los amos, las fuerzas contrarrevolucionarias (ya sean democráticas o autoritarias) y la recuperación. A quienes nos acusan de dogmatismo, respondemos de manera muy pragmática que no queremos tener nada que ver con quienes eligen colaborar de manera activa y miserable con un

ejército regular, y por lo tanto enmarcado dentro de un Estado, con los servicios secretos (internos y externos) del Estado en guerra, con su policía militar y todos los demás secuaces del Estado. No tenemos ni tendremos nada que ver con estas personas, ni siquiera después del fin de la guerra, porque simplemente no será posible construir relaciones de confianza con quienes han decidido seguir estos caminos absurdos. A quienes nos dicen que no podemos expresarnos «por no estar bajo las bombas», les respondemos que *no es nuestra costumbre dejarnos silenciar,* y que es precisamente cuando no se está bajo las bombas cuando es necesario y posible elaborar un razonamiento lúcido para prepararse para tiempos peores y evitar, en la medida de lo posible, cometer los mismos errores que otros. Nuestra solidaridad está con aquellos que están en el frente no por elección, sino por condición. Con todos los proletarios obligados a soportar una guerra capitalista que no es la suya. Del mismo modo, rechazamos la absurda trivialidad de que hay que denunciar necesariamente y de forma preventiva todas las atrocidades del

mundo árabe cuando se critica el genocidio sionista del pueblo palestino. No apoyaremos a quienes intentan tergiversar la realidad presentando la masacre en curso como una simple defensa tras un ataque. El intento de borrar a la población palestina de la faz de la tierra es una actividad diaria y estructurada que se lleva a cabo desde hace décadas y que constituye un «principio organizativo» del Estado de Israel. *Todos sabemos muy bien que esto es así.* Incluso aquellos que tratan de disimular sus posiciones proisraelíes acusándonos de antisemitismo o de un apoyo paradójico e improbable al liderazgo de organizaciones políticas de motivación religiosa lo saben. Creemos que confundir el efecto con la causa es un síntoma de una tendencia a relativizar y de una cierta incapacidad para llegar al fondo del asunto. Creemos que el auge de ciertas organizaciones autoritarias y reaccionarias es el efecto violento de años y años de abusos, masacres y violencia occidentales en esos territorios. Así ocurre en Palestina, así ocurre en Afganistán, así ocurre en Irak, así ocurre en Nigeria y así ocurre en muchos otros territorios en los que Occidente siempre ha extendido sus sucias manos.

Consideramos ciertos fenómenos como la expresión natural y brutal (a menudo ante la falta de alternativas viables) de la venganza, la ira y el rechazo que sienten los oprimidos y explotados que viven en esa parte del mundo que los occidentales han decidido esclavizar, violar, aterrorizar, matar de hambre y ocupar. En lugar de limitarnos a indignarnos y *horrorizarnos* viendo las noticias en nuestra gran televisión inteligente desde un cómodo sofá ante los despreciables bárbaros que estrellan aviones contra rascacielos occidentales, que disparan y se inmolan dentro de una discoteca en una de las capitales más glamurosas de Europa, que se lanzan en ala delta contra quienes han decidido ir a bailar a cinco kilómetros de la prisión al aire libre más grande del mundo ante millones de personas desesperadas, en lugar de limitarnos a horrorizarnos ante estos horrores, dijimos: *bueno, al menos deberíamos hacernos un par de preguntas.* Con esto no queremos en absoluto legitimar ni, peor aún, glorificar las masacres indiscriminadas de civiles, ni por supuesto incitar a los grupos, organizaciones e individuos que las llevan a cabo (creemos que es paradójico tener que señalar esto, pero así

es), nuestra intención es aclarar de manera incontrovertible lo que entendemos por profundizar y analizar la realidad. Somos muy conscientes de que ciertas posiciones provocan fuertes dolores de estómago en la *internacional reformista*, pero creemos que moderarse en nombre de una búsqueda espasmódica de una unidad ilusoria del movimiento es una práctica contraproducente, miope y muy enérgica. Por el contrario, estamos convencidos de que las palabras claras y la coherencia son herramientas útiles para orientarnos en el mundo hostil que nos rodea. Con estas ideas en mente y con este espíritu decidimos traducir *La Tempesta*. Porque creemos que *la imprevista cuestión palestina en la guerra global* exige una postura por parte de nosotros, los anarquistas. Una postura que no puede traducirse ni en neutralidad ni en intervención directa sobre el terreno. Por lo tanto, no estamos hablando de tomar las armas e ir a luchar a Palestina, ni tampoco estamos hablando de apoyar el nacimiento de un Estado palestino sobre las ruinas del israelí. *Estamos hablando de solidaridad revolucionaria entre los oprimidos.* Estamos hablando de centrarnos en derrotar a

los opresores, enfrentándonos en primer lugar a los de «casa» y actuando en consecuencia. No de forma abstracta o simbólica, sino con toda la concreción e intransigencia de la que somos capaces. También estamos convencidos de que el intercambio de contenidos y los encuentros internacionales pueden ser un pequeño paso en una dirección que consideramos urgente y esencial. La de crear afinidades que puedan derivar en un movimiento capaz de socavar la maquinaria bélica y todas sus ramificaciones. No tenemos recetas prefabricadas sobre cómo detener el aparato de guerra; al contrario, estamos acostumbrados a estar en guardia ante quienes intentan administrárnoslas. En este sentido, consideramos deseable y fundamental ampliar el debate. Estamos convencidos de que la confrontación, incluso dura, entre individuos, y más aún entre compañeros, representa una valiosa oportunidad de crecimiento. A través del conocimiento y la determinación es posible encontrar formas de intervenir de manera concreta y sin retórica en la realidad que nos rodea. Intentemos no desperdiciar las oportunidades que se nos presentan.

Samah Shihadi, *Dair Al-Quassi*, 2023

# Mientras exista un Estado, jamás habrá paz.

## *Sobre la guerra entre Israel e Irán*

El ataque lanzado por Israel contra Irán en la noche del 12 al 13 de junio representa un dramático punto de inflexión hacia la globalización de la guerra. Tras más de tres años de guerra entre la OTAN y la *Federación Rusa* en Ucrania, y dos años de genocidio en Gaza, la alta tensión en Asia Occidental ha estallado en una nueva guerra entre potencias regionales, ambas con armas de alta tecnología e industrias nucleares. Esta guerra comenzó inmediatamente con un ataque imprudente y criminal contra las instalaciones nucleares de Irán.

Por un lado, está Irán, que no posee armas nucleares ni hay pruebas de que las esté construyendo, y que se somete al escrutinio de los organismos internacionales. Por otro lado, Israel, que posee armas nucleares

sin declararlas, no respeta ningún tratado ni acepta controles, y lleva a cabo ataques militares rutinariamente sin establecer límites éticos. Si el derecho internacional y las organizaciones que lo representan han servido para garantizar el orden mundial -es decir, las relaciones precisas de poder y dominación entre los Estados-, el hecho de que ahora sean cuestionados, principalmente por Israel y Estados Unidos, es una clara señal de una crisis global, la ruptura de la estabilidad previa al regreso de la guerra como medio para resolver las *rivalidades interestatales*. Irán fue atacado poco después de someter sus instalaciones nucleares a inspecciones y durante las negociaciones con Estados Unidos sobre el enriquecimiento de uranio.

La intención de Israel de envilecer contra las negociaciones y cualquier posibilidad de una resolución política en torno a las disputas es evidente. Los países aliados actuaron de inmediato para repeler el contraataque iraní, derribando docenas de cohetes y drones, mientras que existe un grave riesgo de que los países occidentales (empezando por Estados Unidos) partici-

pen directamente en los bombardeos. Esto representaría una dramática escalada de la crisis. Durante los últimos treinta años, Estados Unidos ha librado la llamada "guerra interminable", una serie ininterrumpida de guerras, ataques militares y operaciones de desestabilización (desde el ataque a Irak hasta el cambio de régimen en Siria). Sus objetivos se expanden actualmente a varios frentes: Rusia, toda Asia Occidental y, potencialmente, el Indopacífico. *Los conflictos en curso se expanden y surgen otros nuevos, en una tendencia hacia una guerra mundial que, por el momento, parece imparable.* En segundo plano, se ciernen tensiones políticas y militares entre Estados Unidos y China. Mientras tanto, en los países occidentales, y en particular en la potencia dominante de Norteamérica, se están desatando graves crisis sociales que, en ocasiones, parecen escalar hasta convertirse en una guerra civil. Sabemos que, históricamente, los Estados resuelven sus crisis internas más graves con la guerra. Volviendo a los acontecimientos recientes, la responsabilidad de esta nueva y gravísima escalada recae en la iniciativa criminal del Estado de Israel.

Una entidad fundada en el colonialismo de asentamiento, la supremacía racista, el fanatismo religioso y la militarización de la sociedad, a la vanguardia de las tecnologías de control y experimentación con la población palestina colonizada, deportada y exterminada. Entre las muchas contradicciones que destapó en la acción del 7 de octubre de 2023, está sin duda la de haber desenmascarado *el verdadero rostro* de esta entidad. Israel está perpetrando un genocidio, pero es incapaz de derrotar la resistencia de un pueblo, una contradicción que busca sublimar relanzándola con nuevas aventuras: desde la invasión del Líbano hasta innumerables provocaciones, incluyendo terroristas, y los sucesos del viernes por la noche.

Por lo tanto, debemos reiterar con firmeza que se está produciendo un genocidio en Gaza: debemos asegurarnos de que esta nueva guerra no sirva para encubrir su perpetración Israel es, por un lado, la punta de lanza del imperialismo occidental y el actor que durante décadas ha hecho el trabajo sucio en nombre de Estados Unidos y Europa; sin embargo, al mismo tiempo, su liderazgo político descontrolado es capaz de

influir en las políticas de las potencias occidentales en su beneficio. Nuestros líderes son plenamente responsables de las atrocidades cometidas por Israel; sin el apoyo de estas potencias, Israel no podría llevar a cabo sus aventuras militares, ni siquiera sobrevivir. Nuestra oposición inflexible al proyecto sionista, sin embargo, no nos lleva a apoyar a la República Islámica de Irán. Es una potencia regional, con una oligarquía de compañías petroleras y una industria altamente desarrollada, incluyendo la militar.

No estamos hablando "simplemente" de una teocracia odiosa que tortura y ahorca a sus oponentes y oprime especialmente a las mujeres, un punto que la propaganda liberal occidental se complace en enfatizar. Hablamos de un régimen que pone su *poder oscurantista al servicio de su burguesía* para aterrorizar a los trabajadores. Para dar un ejemplo entre muchos, uno que refleja tanto la misoginia como el clasismo dentro del régimen, consideremos el caso de la sindicalista Sharifeh Mohammadi, condenada a muerte por coordinar las huelgas radicales que se han extendido cada vez más por todo el país en los últimos años.Desde 2005, más de

500 sindicalistas han sido arrestados, encarcelados o, en algunos casos, condenados a muerte y expulsados por haber creado un sindicato independiente y por haber participado en actividades sindicales en el marco de los convenios y normas laborales internacionales. En una guerra entre regímenes tan odiosos, los únicos héroes son los desertores.

Como anarquistas y revolucionarios, esperamos la caída del gobierno teocrático iraní, un régimen opresor que surgió asfixiando sangrientamente a una generación de compañeros revolucionarios. Al mismo tiempo, sabemos que un régimen debe caer bajo los golpes de un levantamiento genuinamente popular, mientras que los cambios de régimen diseñados e implementados por los capitalistas occidentales, como enseña la historia reciente, simplemente reemplazan a un opresor por uno aún más feroz, subordinado a potencias extranjeras, convirtiendo países enteros en infiernos. Con esto en mente, instamos a todos los revolucionarios y personas de buena voluntad a estar atentos a un posible levantamiento en Irán (que actualmente es el principal ob-

jetivo estratégico de Israel), siendo cuidadosos para distinguir el trigo de la paja y no caer en esas falsas banderas que durante más de una década han sido las principales armas del poder blando occidental para corromper y cooptar la disidencia, llevándola al terreno altamente compatible de los "derechos" liberales.

En cualquier caso, incluso si se produjera un verdadero movimiento de clase (algo nada imposible en un país donde los ayatolás llegaron al poder encarcelando y ahorcando a revolucionarios), esto no debería movernos ni un milímetro de nuestra oposición inflexible al sistema israelí y a todo el imperialismo occidental que lo alimenta. En general, en una guerra entre Estados, especialmente si se trata de potencias regionales con importantes aliados internacionales, los oprimidos no tienen aliados ni amigos en el gobierno, sino que son simplemente carne de cañón para sus guerras sucias. Convencidos de que mientras exista un solo Estado, nunca habrá paz, nuestra postura sigue siendo internacionalista: contra todos los Estados, empezando por el nuestro. Por lo tanto, desde nues-

tra posición, no queremos ignorar las responsabilidades del gobierno italiano y sus amos, que tienen las manos manchadas de sangre palestina. No podemos olvidar que la armada italiana lidera la *Operación Aspide*, coordinando una coalición de siete países de la Unión Europea: la misión tiene como objetivo contrarrestar el ataque yemení, que, mediante ataques a buques, ha logrado bloquear durante mucho tiempo una importante ruta comercial e infligir graves daños a la economía mundial, implementando una de las formas más efectivas de apoyo y solidaridad con el pueblo de Gaza.

El gobierno italiano ofrece a Israel apoyo político incondicional. Los ejércitos italiano e israelí están cada vez más integrados, los soldados se entrenan mutuamente, la industria bélica italiana es el tercer mayor exportador a Israel (después de Estados Unidos y Alemania), mientras que Italia compra sistemas de armas de alta tecnología a su aliado sionista. Incluso la hermosa campiña italiana es uno de los lugares preferidos de Israel para que sus soldados se relajen tras el combate. Los servicios de inteligencia italianos comparten información

y tecnología con las fuerzas israelíes, como lo demostró recientemente el caso Paragon.

No olvidemos cómo el poder judicial italiano está alineado con la represión israelí, como lo demuestra el escandaloso juicio en curso en L'Aquila contra Annan Yaeesh, quien pretende tildar de terrorismo la resistencia armada palestina, legítima según el derecho internacional. Italia apoya la logística militar de Israel, como es el caso, por ejemplo, del atraque de buques de ZIM en puertos italianos, y la investigación tecnológica orientada a la supremacía militar, como ocurre en numerosas universidades. Ahora es casi imposible recibir información en los medios de comunicación italianos que no sea descarada propaganda bélica. Estos medios de comunicación son parte integral de la maquinaria bélica, una afirmación que se ve reforzada por la consideración de que, en la actual estrategia bélica occidental, el espectáculo determina cada vez más las decisiones sobre el terreno. A pesar de la incesante propaganda, los explotados se oponen generalmente a la guerra; el genocidio de Gaza, en particular, ha conmocionado profundamente a la opinión pública;

pero una rebelión de conciencia no basta. Además, las clases más pobres de las sociedades occidentales ya están pagando caro el coste de la guerra: desde la inflación hasta la represión. Recientemente, el jefe de la OTAN, Rutte, declaró que si los europeos no quieren recortar su gasto sanitario en favor del gasto militar (¡el objetivo declarado es alcanzar el 5% del PIB!), tendrán que aprender a hablar ruso. Por otra parte, las políticas represivas cada vez más brutales de nuestro gobierno, de las cuales el paquete de seguridad recientemente aprobado (que reprime los bloqueos de carreteras, los piquetes sindicales y las protestas en las cárceles, incluso las pacíficas, e introduce el llamado "terrorismo de palabra") es sólo el resultado más reciente y probablemente no definitivo, deben leerse en todos los aspectos como verdaderas políticas de guerra, también a la luz de las tensiones sociales mencionadas anteriormente.

En los próximos meses, será importante que los anarquistas y los solidarios vinculen la resistencia contra esta ofensiva (así como la solidaridad con nuestros compañeros perseguidos de diversas maneras) con

la lucha general contra la guerra, de la cual estas operaciones son una manifestación en el frente interno. La propaganda cada vez más sesgada y omnipresente, la tecnificación de las facultades críticas, las derrotas históricas del movimiento obrero y cierta predilección por el autoaislamiento por parte de las minorías activas están generando actualmente una sensación de impotencia y resignación.

El propio nivel tecnológico de la guerra en curso -pensemos en la confrontación aeronáutica y balística entre Israel e Irán, por no mencionar las tecnologías desplegadas por la OTAN y Rusia en Ucrania- genera una sensación de inevitabilidad, de la imposibilidad de que las fuerzas humanas de los explotados hagan algo para detenerlos. Sin embargo, la dimensión humana y de clase es crucial. Son los estibadores quienes cargan las armas en los barcos con destino a Israel: esas armas, como nos demostraron en Marruecos, Marsella y Génova, pueden decidir detenerse. Son los cuerpos de los proletarios rusos y ucranianos los que son arrojados a las trincheras, matándose mutuamente por los intereses de las

clases dominantes rusa y estadounidense (mientras Putin y Trump conversan amablemente por teléfono); sin embargo, esos cuerpos pueden desertar, y lo hacen por decenas de miles. La resistencia armada del pueblo palestino, que no tiene aliados entre las grandes potencias, logra, mediante su voluntad y acción, oponerse a una de las máquinas de guerra más aterradoras y avanzadas del planeta. Israel posee un dominio tecnológico exorbitante, pero vemos cómo los combatientes palestinos reciclan las bombas sin explotar del enemigo para fabricar explosivos caseros. *La imaginación de los oprimidos no tiene límites.* Y los oprimidos, como dijo Errico Malatesta, siempre están en posición de legítima defensa; los medios a emplear, siempre que sean coherentes con los objetivos de igualdad y libertad para todos los seres humanos, son solo una cuestión de oportunidad.

En nuestro bando, en los múltiples frentes, luchamos por la derrota de nuestro bando: por la derrota de la OTAN, por la destrucción del sionismo. ¡Transformemos la guerra de los amos en una guerra contra los amos!